



Guía para el camino

Ediciones Turas Mór

Índice

GUÍA PARA EL CAMINO.....	1
PRÓLOGO.....	2
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA.....	4
(I) EL CAMINO Y EL GUÍA.....	6
(II) UNO Y MUCHOS.....	10
(III) LA CARGA Y EL VAIVÉN.....	15
(IV) EL SUFRIMIENTO Y EL DOLOR.....	20
(V) EL DESEO Y LA CONTINENCIA.....	27
(VI) EL MAL Y LA MALDAD.....	34
(VII) EL DESCREIMIENTO Y LA FE.....	41
(VIII) LA FELICIDAD Y LA SOLIDARIDAD.....	46
(IX) LA MUERTE O EL INTERMEDIO.....	53
(X) LA PREPARACIÓN PARA EL TRANCE.....	58
(XI) EL SEGUIMIENTO.....	63
(XII) POR QUÉ, POR QUÉ.....	66
(XIII) LA DESGRACIA.....	71
(XIV) LA PROTECCIÓN Y LA SUERTE.....	78
(XV) DIOSES Y ADIOSES.....	82

Índice

<u>GUÍA PARA EL CAMINO</u>	
<u>(XVI) LA CONFORMACIÓN Y LA ILUMINACIÓN</u>	85
<u>(XVII) LA PERMANENCIA</u>	91
<u>(XVIII) EL SECRETO DEL REZO</u>	94
<u>(XIX) LA MAGIA</u>	101
<u>(XX) EL CAMINO MÁS DIRECTO</u>	106
<u>(XXI) EL CAMINO MÁS SIMPLE</u>	110
<u>(XXII) LOS ACERTIJOS LOCOS</u>	114
<u>PEDIDO A LOS LECTORES</u>	120

GUÍA PARA EL CAMINO

(El libro del retorno
y la salvación)



Una publicación de
Ediciones Turas Mór

PRÓLOGO

Este libro es un instrumento. Y en su escritura fui un mero instrumento. Los verdaderos autores, creo que voluntariamente, han sido los maestros espirituales de diversas épocas y países; en definitiva el Maestro que es patrimonio de toda la humanidad.

Por ello evité la enumeración de citas y referencias y también me niego a figurar como autor. Mi trabajo ha sido el de redactor. Aunque debo aclarar que la preparación para redactar este breve libro insumió varias décadas y que su redacción en sí fue inconsciente o ajena a mi deliberación, un trance de pocas semanas.

Así escribí el libro en un castellano de uso común, carente de tecnicismos que remiten a sistemas teológicos o esotéricos. Los estudiosos hallarán con facilidad las palabras técnicas equivalentes. Los que buscan ayuda en el camino no necesitarán recurrir a explicaciones eruditas.

Lo publico porque he comprobado que este saber es útil para vivir, sin necesidad de sustentar una fe ni de perderla.

Guía para el camino

Los afectos a las clasificaciones pueden encasillarlo en una tradición, la llamada “Zen”. No es un libro dogmático, ya que por definición el Zen no es reductible a palabras ni puede solidificarse en un cuerpo doctrinario.

Pero esto es sólo para quienes se encariñan con las clasificaciones. Examinándolo luego del trance de escritura, veo que el libro no es un compendio de las escuelas Zen o similares de Oriente. Más bien hallo que incorpora enseñanzas paralelas que se han formulado desde la antigüedad, dispersas, en la sabiduría occidental. Dejo para los eruditos resolver si esto es Zen occidental u otra cosa. Para mí es sólo Saber. Y quienes hayan presenciado mis conversaciones con maestros Zen que siguen la tradición japonesa saben que lo de más es pura comicidad.

Sí es necesario advertir que el texto implica, en tanto premisa, la creencia en la transmigración y pluralidad de vidas sucesivas. Para entenderlo debe aceptarse dicha premisa. Al menos como posibilidad o apuesta, ya que así la propone el mismo libro (Cap. VII). Tal como está encarada esta antiquísima creencia —que para mí es un hecho de experiencia—, desde un máximo despojamiento, puede que no sea irritante para los creyentes en la vida única, religiosos o científicos. Y si lo fuera, les convendría no usar esta guía: no vale el irritarse.

Por el contrario, este libro está especialmente dedicado a los que sufren la vida, a los que se sienten perdidos, extraños, o desolados, sin guía ni esperanza.

Guía para el camino

A ellos el libro les explica que tal condición no es mala, porque es necesario perderse para encontrarse. No les exijo creer sino experimentar, comprobar por sí mismos la utilidad de las enseñanzas para prevenir los riesgos del camino, hacer uno distinto o hallar el mejor.

Creo que esto es de interés general, pero si nada más sirve para aliviar a un solo ser humano, la publicación estará justificada.

Para bien de todos y mal de ninguno.

Dr. Daniel Croci, Buenos Aires, 1995

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

(Obras clásicas)

- *Bhagavad-Guitá*, comentado por Ghandi.
- *Dhammapada*, atribuido a Buda.

Guía para el camino

— *Tao Te Ching*, de Lao Tse.

— *La voz del silencio*, antología de H. P. Blavatsky.

(Obra ilustrativa contemporánea)

— *La rueda del cielo*, novela de U. K. Le Guin.

(I) EL CAMINO Y EL GUÍA

Sólo sabe el que vuelve, no el que va. Sólo el que está perdido puede encontrar.

Si buscas ayuda para encontrar el camino es porque no sabes y estás de ida.

Alguien te enseña. Pero la enseñanza sirve cuando, siguiendo las señas, hallas el camino y llegas. Es imposible que otro haga el camino por ti. No hay otro.

Cualesquiera sean las palabras o señas que use el guía para indicarte los caminos, sólo sabrás si son certeras cuando te halles bien encaminado.

El guía siempre está en el camino. Nunca fuera, nunca en otro lado, porque no hay otro.

Así es necesario retornar, para que haya guía. El olvido es el precio del retorno porque el viaje consume la carga. Conservar algo en tan larga travesía causa daño. Por eso es cierto el viejo proverbio: en el país de los ciegos el tuerto es rey.

Guía para el camino

Aquí tienen un indicio para reconocer a un guía: ¡Tendrá poco equipaje y algún defecto a la vista!

Desconfía del que luce perfecto y dueño de la verdad. El verdadero guía sólo enseña el camino, el verdadero sabio reconoce los límites de su saber. Nadie es dueño del saber ni del camino. El movimiento se enseña con movimientos, el que se fija en conceptos queda inmóvil.

El retornado, que no se daba ese título ni otro, que se decía nada más que un ser humano vuelto voluntariamente a su tierra luego del gran viaje, así me hablaba y comenzaba el relato de sus peripecias.

Algunos lo escuchaban, unos pocos lo seguían, otros lo desdeñaban o se burlaban.

“¡Nadie ha vuelto y podido contar!” decían estos últimos.

Él no discutía con ellos. Les decía a sus seguidores:

—Es un alivio poder olvidar cuando lo vivido pesa demasiado. Hay quienes necesitan olvidar todo para seguir en el mismo lugar de vida. En algún momento sabrán de tanto aburrirse ignorando.

Guía para el camino

—¿Ése es un camino? —preguntó un seguidor.

—El más largo —contestó el guía— y el más monótono. ¡Tanta vida dando vueltas en círculo!

—Pero, maestro —objetó otro seguidor—: tú nos dices que no hay que encerrarse en dogmas, que no creamos en revelaciones ni en filosofías... ¿Acaso lo que nos enseñas no es un sistema más de conceptos?

—No creas ni siquiera en lo que yo afirmo —replicó el guía—. Si haces de mis palabras conceptos rígidos como rocas, las matas, las dejas clavada en el tiempo. Acéptalas como pasos de un caminante, como brazadas de un nadador. O déjalas.

“Nadie está obligado a seguir indicaciones. Cada uno es su paso, su brazada y su camino, aunque no lo quiera. Hay incontables caminos. Y cada uno es su camino. Porque tampoco hay caminos hechos, sino que se hacen. Del camino hecho quedan sólo los vestigios, las referencias. No se puede imitar, copiar.

“Cada uno de nosotros es un camino. No se puede seguir un camino ya hecho. El que lo intenta simplemente está copiando las respuestas de una prueba, se aburre, reniega. El que copia pierde información, no aprende por sí, ignora. Ésos son los pozos, grietas y cortes del camino gastado.

Guía para el camino

“Por eso las referencias copiadas, repetidas, gastadas, no sustituyen a un guía. Cada uno debe buscar su propio camino y hacerlo a su manera, por sí mismo. Las indicaciones o referencias sólo son útiles cuando cada uno comprueba por sí que sirven para llegar. Y sirven sólo cuando cada caminante las aplica en el andar y avanza. Las indicaciones se hacen propias, eso es saber.

“Los grandes maestros han preferido no dejar enseñanzas escritas para evitar la copia en dogma, o enseñan en parábolas y metáforas para que cada uno las entienda y aplique por sí, probando y errando hasta que halle el propio saber.

“Por eso todo lo que digo es figurado. Indicaciones de movimientos y no construcciones de conceptos.

(II) UNO Y MUCHOS

Muchos retornan y creen ser el único.

El que retorna vuelve a ser uno, un “yo”.

¿Qué es el “yo”? ¿Qué soy yo?

La pregunta es tramposa.

Yo no soy.

Las palabras sirven para señalar cosas, al conjunto de las cosas lo llamamos “mundo”. Hablo a los que están hartos de dar vueltas en el mundo, por eso hablo en figuraciones. Las cosas imputadas por palabras hacen conceptos, son meras convenciones para moverse en el mundo que también es una convención. Las figuraciones diluyen y extienden el sentido de las palabras–cosas. Y digo “palabras–cosas” porque son lo mismo: no existe una cosa si no la definimos dentro del sentido de una palabra ni existe una palabra que no sea la delimitación de un sonido, una cosa.

Guía para el camino

Cuando se dice “yo”, “uno”, se hace una cosa del conocedor.

“¡Conócete a ti mismo!” indicaban los antiguos. Y así hubo quienes creyeron que eran varias cosas cada uno.

Si “yo”, el conocedor, debo conocerme, es que soy dos. Pero si advierto esto, es que también soy un tercero que observa a los dos anteriores. Y así.

¡Un juego de espejos!

Una linterna no puede enfocarse a sí misma, como un bastón no puede golpear la mano que lo sostiene.

Uno es la linterna o el bastón que se usa para andar en la oscuridad.

Cuando hay luz no necesitamos esos instrumentos.

Entonces nos conocemos.

Guía para el camino

—Pero, maestro —señaló un seguidor—: es usted el que volvió, no yo. Todo me parece oscuro. Si el “yo” no es una cosa que pueda analizarse, no es un ser sino un conocer, ¿qué es uno mismo? Esto es un galimatías para mí.

—Sí es eso —respondió el maestro sonriendo— porque estás en ti. Sal de ahí y lo sabrás.

—¡No sé cómo salir de mí mismo!

—¡Perfecto! —exclamó el guía—. Entonces estás listo para buscar el camino de salida. Necesitas ejercicio. Cualquier sistema de entrenamiento es bueno si el entrenador es bueno. Ya saldrás de ahí.

—¿Pero quién saldrá si no yo? —insistió el discípulo empeinado.

—Ello —fue la respuesta del guía— que eres tú.

Cuando decimos “yo” y “nosotros” hablamos en metáforas. Ello se expresa mediante imágenes, figuraciones. En la luz no necesitamos linternas. Hay luz cuando culminamos el camino, porque somos viajeros nocturnos, o cuando hallamos un refugio iluminado, porque no somos viajeros desamparados.

Guía para el camino

Aquí tienen un refugio, no mejor que el que puede hallar cada uno de ustedes por sí mismo.

Pero entremos. Dejen afuera las cargas y equipajes de viajeros. Sí: dejen afuera las sensaciones, los sentimientos, los pensamientos, la memoria y demás impedimenta, sea la que fuere.

Hecho, somos el mismo, lo mismo, ello que conoce.

Estamos en la antesala del refugio iluminado, pero no vemos la puerta que conduce al recinto luminoso, vemos un muro negro, un telón oscuro.

¿Cómo lo atravesamos? ¿Cómo se lo atraviesa?

Concentrándose en el mero conocer, con tensión despojada.

En este punto hay un truco de magia que puede hacer el guía. Pero si lo hace ya hay dos. La gracia está en hacerlo sin otro, no hay otro. No hay pastor porque no somos ovejas.

Si uno se hace el pastor y otros se hacen las ovejas, nunca superarán las imágenes, nunca serán más que uno y muchos.

Guía para el camino

Esa imagen ayuda a seguir en el camino pero también lo complica. Porque a una ilusión se suma otra. Bellos caireles.

¿Quieren ser vidrieros todo el tiempo?

En Ello no hay uno, ni dos, ni muchos. Porque no es ni deja de ser uno y muchos.

El conocedor, camino y caminante, es Ello hecho número, en manifestación.

Lo divino de una manifestación es que todos vamos al unísono. Somos uno y muchos a la vez. Ahí tienen otro vislumbre de Ello.

Únanse a las manifestaciones que sientan justas. O luchen contra el muro. Vale el sacrificio.

(III) LA CARGA Y EL VAIVÉN

Algunos retornan, la mayoría rebota.

Rebotar como impulsado por una soga elástica es más cómodo que subir y bajar por el propio esfuerzo.

Lo más difícil es asumir el camino.

Lo más sufrido es comportarse como si se fuera de goma, duele.

¿Por qué la mayoría prefiere este dolor?

Porque temen desaparecer en Ello. Morir para siempre como individuos, como “yoes”.

Entonces prefieren la comodidad del sufrimiento conocido.

¡Qué tontería!

La carga y el camino que nos define como uno y no otro es un saber: datos, conocimientos.

Guía para el camino

En Ello está todo el saber y el no saber, lo manifestado y lo inmanifestado, lo aparecido y lo desaparecido.

¿Cómo podría uno extinguirse en Algo más allá de la extinción?

Por eso es posible el retorno y la salvación.

La carga nos fuerza a volver de rebote, a seguir sufriendo.

La descarga, el despojamiento, nos permite retornar voluntariamente, volver a ser uno, siempre que decidamos seguir haciendo camino. El que retorna lo hace voluntariamente, elige el camino que rehará porque siente que su andar es necesario. El que rebota está atado, ligado a la carga y el vaivén. Uno y otro viven.

La vida no tiene fin. ¡Pulsa siempre!

—Puedo entender la reencarnación —observó un oyente— pero no entiendo qué es lo que vuelve, si es que no hay uno mismo ni otro en Ello.

Guía para el camino

—O no has oído bien lo que suelo indicar, o tu pregunta es sagaz —contestó el maestro perplejo, y repreguntó—: ¿Tú eres un bagaje?

—No. Eso ya lo comprendí. Y estoy aprendiendo a separarme voluntariamente de mi carga.

—¿Eres, entonces, un camino?

—Me parece que soy un camino que Ello recorre, adecuadamente equipado para el viaje.

—Te has tomado al pie de la letra mis dichos figurados. Por eso no entiendes cómo se puede volver a ser uno mismo. ¡Y es tan evidente! Veamos: supón que estás en una gran ciudad que conoces poco, ¿cómo reconoces una calle cuyo nombre cambió, cuyas fachadas fueron remodeladas, cuyo pavimento se modificó y varió el ancho de las calzadas?

—Sería muy difícil. Tal vez por el sentido del tránsito, la dirección de la calle, su ubicación en la ciudad respecto a otras.

—La ciudad es muy grande. Hay muchas calles que siguen la misma orientación, el sentido del tránsito cambia frecuentemente. Las demás calles también se renuevan.

—¡Entonces no reconocería la calle!

Guía para el camino

—¡Por supuesto que no!

“La confusión con la metáfora del camino y la metáfora de la reencarnación (fea palabra: recuerda a una uña encarnada, a un injerto extraño) surge de los referentes mundanos.

“Para entender cabalmente el tema hay que ir más allá. Pero, por ahora, debemos ceñirnos al lenguaje. Así que sigamos con las figuraciones.

“El camino, uno, no es una ruta, carretera o calle demarcada en una topografía. Uno se define por el rumbo, el recorrido que hace y la manera de andar. Ambos están determinados por la carga que se porta. El recorrido hace su propio paisaje. El sí mismo es eso. No más que un plan de viaje.

“El que vuelve lo retoma, aunque entre un paso y el otro hayan transcurrido mil años.

“Uno asume todo lo que ha pasado. No hay dos recorridos iguales. Por eso puede decirse que vuelve o retorna. Volver es doloroso, retornar es fatigoso.

“Lo peor es ser arrastrado por la carga que uno no ha sabido dejar.

“Los impulsos hacen la carga, arrastran de vuelta, son la soga elástica.

Guía para el camino

“Ello retoma un camino y es uno. Yo, tú, aquel otro. Uno mismo.

“Cuanto más camino se recorrió, tanto más fatigoso es retornar. Uno se siente viejo desde niño, con demasiado camino a las espaldas. Y cada vez uno es más sensible al sufrimiento, lo demás se atenúa.

“Esto también tiene un sentido. No hay nada insensato, salvo nosotros cuando nos atamos y encerramos en nosotros mismos.

(IV) EL SUFRIMIENTO Y EL DOLOR

El cosmos, el conjunto de lo manifestado, es coherente; ya lo saben o lo sabrán en su momento.

Sin embargo hay sufrimiento.

El dolor ocasiona sufrimiento.

El placer frustrado ocasiona sufrimiento. El placer hartado también. El anhelo es sufrimiento. Pesar.

La carga pesa. Sufre el que no se despoja de la carga.

Uno arrastra la carga y la carga lo empuja a uno.

Hay refugios transitorios donde uno puede desprenderse momentáneamente de la carga.

El más natural es el sueño calmo, sin sueños.

Guía para el camino

El más artificial es el desligamiento mediante sustancias como el alcohol. Y el más pernicioso, porque cuando las usamos la carga queda suelta y se sacude como la estiba de un barco en un tifón. Causa daños y hace el camino más largo y doloroso.

Pero las sustancias desligadoras no son la causa del daño; la causa es la carga que se afloja y la necesidad que uno tiene de soltarla de tal manera. Quien carece de carga o lleva una muy liviana e inofensiva sufre poco daño. En tal caso el riesgo es demorarse en esos refugios artificiales. El recorrido se hace incierto, lento y confuso, como el vagar de un borracho.

Es cierto que la búsqueda constante de placer en el camino causa dolor.

Pero también es cierto que el constante entrenamiento en el dolor causa regocijo. Es el camino de la mortificación ascética.

Aquí hallamos una dualidad básica: el que busca placer halla dolor. El que busca dolor halla placer.

En algún tramo del camino el viajero se harta de este juego y entonces busca superar la dualidad básica. Colocarse más allá del placer y del dolor.

¿Cómo se logra?

Guía para el camino

La respuesta es difícil y sencilla a la vez.

No mediante el olvido de la carga. No mediante el fortalecimiento del cargador. Ni por vías análogas.

¿Adivinan cómo?

—¿Mediante el despojamiento absoluto? —tentó contestar un oyente.

—No puedes seguir en el camino sin algún equipo, desnudo. El frío te helaría, el sol te insolaría, el hambre te iría extenuando. Si sobrevives a todas esas penurias te conviertes en un asceta, con el placer consiguiente a tu propio fortalecimiento. Es decir que caerías en la dualidad que tratamos de superar.

—¿Seleccionando la carga? —tentó un oyente que era viajante de comercio.

—Eso está mejor. Pero tú no recuerdas todo el camino que has recorrido, ni sabes todo lo que llevas a tus espaldas, y aunque lo averigües no sabrías qué te será necesario más adelante y qué no. No obstante puedes intentarlo. Es una solución que han recomendado grandes sabios. Hay que estudiar lo que pasó con las vidas de esos sabios luego de adoptar tal remedio. Estudien.

Guía para el camino

—Pero —objetó un oyente que estudiaba filosofía— encuentro un dilema. Si uno es el camino más la carga y la manera de llevarla, imposible que siga vivo sin placer ni dolor, sin sufrimiento. En consecuencia la solución es no vivir más en el mundo.

—¡Ah! —asintió el guía—. Ése es el camino del misticismo. No cualquiera puede seguirlo. Es necesario haber vivido mucho en el mundo y estar harto del vaivén.

—¿Cómo se logra, entonces, superar el placer y el dolor? —preguntaron varios.

El placer es inevitable, el dolor es inevitable.

El sufrimiento puede evitarse.

El placer y el dolor pueden atenuarse. Pero salir de la dualidad requiere más que paliativos. Requiere saber.

Uno no sabe de dónde viene la enfermedad que causa los dolores, aunque sean terribles. Uno no sabe de dónde vienen los impulsos de placer, aunque sean irresistibles. Uno no sabe y causa daño a los demás y a sí mismo.

Guía para el camino

Entonces la respuesta es saber.

Hubo médicos que llegaron a la misma conclusión y recrearon una técnica de meditación guiada para “tratar” el sufrimiento. ¡Hasta la delimitaron como ciencia y hallaron que la verdadera terapia era interminable! O sea que cayeron en una contradicción: inventaron una “ciencia” para curar que nunca termina con el sufrimiento, pese al mucho trabajo y al mucho gasto. El “tratamiento” cura un sufrimiento y surge otro.

Hay que saber, no “tratar” de saber.

La liberación del sufrimiento se obtiene cuando ya no hay distinción entre consciencia e inconsciencia, entre yo y ello. Por superación de la contradicción, no por aniquilamiento o robustecimiento.

Para Ello es necesaria la regresión y la descarga. Lúcida, impersonal, no impuesta.

No basta la imposición del desapego, el hacer no haciendo, ni el hacer inegoísta. Si son impuestos, simplemente se sustituye un “yo” por otro “yo”, el del guía, maestro o “terapeuta”. Dichas actitudes sólo son auténticas cuando surgen como consecuencia de la sabiduría del conocedor y no por causa de una imposición.

Guía para el camino

La regresión o retorno en despojamiento permite la sabiduría.

Cuando uno desanda las vidas en una vida sabe cómo sumó tal o cual componente de la carga, cómo determinó el camino ulterior y alteró el andar. Lo que causó. Entonces puede elegir qué carga llevar o dejar, seguir en el mundo o no.

Desde luego si uno decide no seguir en el mundo se libera de toda la carga y ya no sufre más. Pero también puede decidir quedarse, conservar algo de carga para seguir en el camino, a fin de ayudar a los demás en la liberación del sufrimiento. Entonces sí surgen naturalmente las actitudes de desapego y servicio inegoísta, acompañadas de una gran felicidad.

La verdad libera. Es cierto.

Una vez que la carga se transforma en información lúcidamente conocida —nunca fue más que información pero pesaba como cosa— uno puede hacer con ella lo que quiera. Es libre, no está impelido a caminar de cierta manera ni hacer un camino forzado. Antes meramente reacomodaba la carga y seguía sufriendola.

Si uno sigue en el camino puede elegir sus lastres o taras. Puede conservar tal o cual impulso y sufrirlo. O no.

Guía para el camino

Quien hace esta tarea acabadamente elige el lastre menos dañino, porque alguna carga hay que llevar para seguir en el camino del mundo, y entonces sí se dedica al servicio: hace lo que haya que hacer, sirve a los demás, ayuda a que el mundo sea menos sufrido, todo sin considerarse un “yo”. Y hay muchas maneras de ayudar.

El que es Ello suele recibir el título de “santo” o similar, pero los verdaderos santos no se titulan de manera alguna, ni aceptan que los titulen, ni buscan el prestigio de la santidad.

Sólo hacen lo que saben.

¿Qué otra cosa podrían hacer?

(V) EL DESEO Y LA CONTINENCIA

Los impulsos hacen el movimiento, el movimiento hace el camino.

Morir es fácil; vivir, difícil. Para morir basta cesar todo movimiento, quedar se quieto, dejar toda actividad. Para vivir hay que seguir impulsos, esforzarse, sufrir consecuencias.

Hasta el santo, en este mundo, siente deseos, sigue impulsos de algún tipo por ínfimos que sean.

En tanto se siga en el camino se sentirán deseos.

Los deseos contenidos estallan. O estallan hacia afuera generando daño, o estallan hacia adentro gestando peste.

Hay directivas de conducta, mandamientos, códigos, para contener los deseos hacia afuera. Normas que cambian de tiempo en tiempo y de tierra en tierra, aunque siempre funcionan como contenedores.

Hasta suele creerse que demarcan un camino de liberación, como si hubiese un solo camino para todos.

Guía para el camino

Si existiera tal cosa la humanidad ya hubiera llegado al fin de ese camino, hubiese desaparecido la multiplicidad de individuación, no existiría el sufrimiento.

No hay un camino universal.

Las normas son siempre reglas de convivencia. Delimitaciones de lo que uno puede o no hacer respecto a otro, un remarcamiento de la individuación y no una senda de unión.

Por eso grandes sabios han recomendado el perdón de las ofensas sufridas por otros, dar la otra mejilla al ofensor, ofrecer amor por odio. Pero si la ofensa subsiste en el ofendido, está ahí; esas actitudes no evitan el estallido hacia adentro.

También han recomendado, para evitar sufrir las ofensas, que se “aniquile” el “yo”. Ya que una ventana sin vidrio no se puede quebrar.

Pero los deseos subsisten en tanto sigamos el camino del mundo. Es imposible que todos estemos siempre en Ello y en el mundo a la vez, ya que Ello se logra cuando por fin todos los caminos convergen en su fin. Hasta que se consumen todos los caminos se sigue andando, por leve que sea la carga restante, y por poco que se cargue hay egoísmo.

Guía para el camino

Si lo reprimimos estalla. Y el deseo que estalla genera una carga muy pesada. Así pueden perderse siglos de entrenamiento.

Por otra parte seguir el rumbo de los deseos hace laberíntico el camino; también lo alarga.

He aquí otro dilema básico.

Para resolverlo no basta una simple pregunta. Es necesario replantear el sentido de “yo” y “deseo”.

Hasta ahora indicamos como “yo” en sentido particular, a un instrumento como un bastón, una linterna o un plan de viaje. Y en general a uno, cualquier “yo”, como el camino determinado por la carga y la manera de andar.

Sin Ello instrumentado no andaríamos en el mundo, en manifestación.

Pero al señalarlo como instrumento lo hacemos una cosa.

¡Y no hay cosas en sí! Un objeto se separa del todo, se constituye, cuando lo delimitamos conceptualmente y lo señalamos.

Guía para el camino

¿Cómo podría “aniquilarse” o “desvanecerse” el “yo”?

Quien de noche deja linterna, bastón e itinerario, se sale del camino. Muere. Se pierde y debe sufrir para retomar su rumbo.

La solución, en consecuencia, no es borrar o aniquilar la ilusión del yo.

La solución es usarlo para su finalidad, como mero instrumento del andar.

El que sabe usa brújula para orientarse, no se deja llevar por la brújula, ni la rompe o tira porque su utilidad es limitada.

“Deseos” comprende dos clases de impulsos. Están los originarios o naturales y los derivados o sofisticados.

Para satisfacer los impulsos naturales uno va adoptando tendencias de satisfacerlos que dan placer, que se hacen estilos repetitivos de comportamiento. Estilos cada vez más sofisticados.

Las tendencias originales son simples: impulsos alimenticios, sexuales, kinésicos, oníricos,

Guía para el camino

higiénicos, lúdicos, estéticos, etcétera.

Luego los estilos de satisfacerlos se hacen repetitivos y cada vez más sofisticados. Y así se incorporan a la carga. Uno adquiere estos estilos o maneras de actuar y se sigue complicando y repitiendo en el camino ulterior, que se hace más complicado y pesado.

Estos hábitos tendenciosos son carga pesada que empuja a uno. Y uno sufre. Debe arrastrarla y es empujado por ésta.

Si se consideran estas aclaraciones, la solución es obvia.

Hay que considerarse a sí mismo un simple instrumento y sacarse de encima los deseos sofisticados.

Si sienten sed, beban. Si sienten hambre, coman. Si sienten sueño, duerman. Si sienten necesidad de moverse, muévase. Y así.

Lo que corresponde desechar es la sofisticación o derivación.

Guía para el camino

La sed se calma con cualquier bebida, no sólo con champaña o con otra bebida determinada y específica.

El hambre se calma con cualquier comestible, no necesariamente con alta cocina.

El sueño se satisface con un lecho donde dormir, no forzosamente con un colchón hidráulico u otro determinado.

El deseo sexual se agota con el orgasmo, no con el adulterio u otra tendencia sexual específica.

Y así. Para satisfacer el deseo de moverse no es necesario ser un campeón olímpico. Para el deseo estético basta practicar cualquier arte y no es necesario luchar para ser un artista famoso. Para el deseo de jugar basta cualquier juego sin pretender ser un maestro de ajedrez o un as de fútbol.

La sofisticación puede eliminarse como cualquier carga accesorio, el deseo originario, natural o no.

Quien se obstina en eliminar todo deseo y no está listo para ser un asceta, explota o se pudre.

Hay que regresar y saber de dónde viene cada impulso de deseo derivado. Luego desecharlo como parte de sí, o aceptarlo como tara.

Guía para el camino

Los médicos saben las consecuencias de las compulsiones derivadas y repetitivas. Hacen enfermedades y dolor. Les dirán: “¡Déjenlas!”.

Pero la prescripción será inútil si no hay previo regreso en despojamiento y lúcida descarga.

¡No me pregunten en general sobre los deseos compulsivos que los aquejan! No sirve. ¿Acaso han olvidado que cada camino es único?

No puedo darles reglas ni prohibiciones generales sobre los deseos que sienten.

La selección y desdeñamiento es tarea de cada uno. Como quien prepara su equipaje y desecha lo inútil y pesado. No soy quién para decidir su camino, sólo indico las alternativas de viaje.

El guía no puede caminar por ustedes.

(VI) EL MAL Y LA MALDAD

En lo manifestado todo tiende al progreso o al decaimiento, al crecimiento o al decrecimiento.

Ambas tendencias tienen su razón de ser. Crecimiento y decrecimiento es la pulsación de lo manifestado, su ser, el devenir.

Pero hay quienes sufren el deseo de dañar, de causar el deterioro, la de cadencia, la disolución. Deseo de causar destrucción y dolor, en contra de los ritmos del devenir.

Es un deseo que viene de la ignorancia, no importa cómo lo concreten o justifiquen. No saben realmente lo que hacen y lo hacen.

Eso es el mal y la maldad.

Existen.

Guía para el camino

¿De dónde vienen estos impulsos dañinos, negativos?

La respuesta más elemental es ésta:

Vienen del egoísmo, de considerar que los otros son distintos a uno y que son enemigos o competidores en el camino, de creer que pueden “vencer” en el camino, de la ilusión del camino único, de pensar como cosas a los vivientes, de creerse propietario del devenir como si se fuera distinto a Ello. La peor maldad viene de esta última falsa creencia.

Ello en devenir se hace uno y muchos. Por eso el que desea el daño de otros se hace daño a sí mismo. Buscando este insano placer se provoca dolor y genera sufrimiento y más sufrimiento. Esto provoca un desequilibrio en los ritmos naturales del devenir y el devenir tiende al equilibrio.

¡El camino no es una carrera!

Cada uno hace el suyo. No hay una pista donde corramos marcando jalones para ver quién corre más o llega primero. Hay convivencia en la multiplicidad, pero no hay una pista de carreras. ¿Cómo podría haber una competencia? ¿Cómo podría haber un ganador? ¡Los múltiples caminos llevan al mismo fin!

Guía para el camino

Los que sufren un daño o se sienten dañados exigen el castigo de los dañinos. Ignoran que el castigo del mal está en este mismo mal.

Es así. El que causa daño recibe de vuelto más daño, en una jornada de vida o en otra. El devenir se autoequilibra.

El que carga deseos dañinos sufre, el que los concreta lleva sobre sí una carga de vuellos dolorosos y sufre más.

Eso es el infierno. Pero no está fuera del camino ni más allá, está en el mismo camino, en un tramo o en el siguiente. Porque el malo hace un enrevesado camino cuesta arriba y arrastra quintales de brasas gruesas.

Los filósofos del mal pretenden justificar sus deseos dañinos diciendo que imitan a la naturaleza, donde el animal más fuerte mata al más débil. ¡Qué tontería! Ignoran que las pulsaciones del devenir derivan de la necesidad y no del placer. Para una bestia feroz cazar y engullir a la víctima es tan natural como para una bestia pacífica arrancar un fruto y comerlo.

Esto es necesario, existe la necesidad, porque el cosmos manifestado sólo puede ser tal en el movimiento y no hay movimiento sin contradicciones: los ritmos del devenir.

Guía para el camino

Por eso el que se complace exacerbando estas contradicciones altera la marcha del devenir y recibe castigo.

¿Cómo se concreta el castigo?

—Según la tradición —contestó un discípulo estudioso— lo que se da, se recibe; lo que se siembra, se cosecha. Así el devenir se autoequilibra, es la ley de la armonía.

—Ése es un principio muy general —replicó el guía—. ¿Entonces un gran malvado, que causó daño a millones y millones, vivirá más que el universo para recibir el vaivén de sus maldades?

—No. Eso es absurdo. Si todos hemos de llegar a la misma meta nadie puede quedar afuera, haya hecho lo que haya hecho —razonó el discípulo estudioso.

—¿Quieres decir que hay un descuento si uno hace males al por mayor? —preguntó el maestro.

—Eso sería injusto, desequilibrado —contestó el discípulo dudando.

—¿Cómo se concreta, entonces, el castigo?

Les digo que hasta el más grande malvado tiene expiación y redención. Y que hasta para el mal hay un límite.

Uno puede arrastrar canteras de pequeñas maldades, si ése es su deseo empeinado. Y uno puede acumular sobre sí grandes males en una vida.

Pero el mismo principio del equilibrio pone un límite a la carga. No hay carga desmesurada. El que arrastra mucha en algún momento debe detenerse y descargarla.

En el descanso entre jornada y jornada del camino uno, incluso el más engeguedido malvado, se hace consciente de lo que ha cargado en el tramo recorrido. En algún momento hasta el más obstinado dañino comprende que debe cambiar su manera de conducirse.

La carga dañosa puede quemarse.

Existe la expiación, pero no consiste en la automortificación y la penitencia, como suele creerse. La expiación viene sola como sufrimiento físico o moral, como vuelto del vaivén. Uno sufre lo que causó.

Guía para el camino

Pero el mero principio mecánico no basta. Si en esta vida doy muerte a un niño, en la siguiente me matarán siendo niño; pero luego el que me mató deberá sufrir lo mismo, y así. Es un círculo vicioso sin solución. Y el devenir no es tan duradero.

En algún momento uno retorna al punto donde eligió el peor camino y lo rehace con nuevo rumbo. Elige otro recorrido que revierte los daños causados. Así gasta jornadas sin avanzar, pero pierde menos tiempo que en el círculo vicioso del mal.

La redención está en la reversión. Uno troca odio por amor, envidia por reconocimiento, resentimiento por agradecimiento.

Feliz el que comprende esto y lo practica en la misma vida.

Había un hombre apesadumbrado porque en la guerra mató un niño de sus enemigos y el santo le aconsejó: “Redímete; adopta un huérfano de tus enemigos y críalo como hijo tuyo. Así dejarás de sufrir.”

Existe, pues, la redención.

Los más grandes malvados han de ser los más afectuosos benefactores. No por acción desinteresada, sino por acción apasionadamente interesada.

Guía para el camino

Así se concreta la redención y se reestablece el equilibrio.

Feliz el que lo comprende antes de verse obligado a rehacer jornadas y jornadas.

(VII) EL DESCREIMIENTO Y LA FE

—Maestro —dijo un asistente que dudaba—, lo que enseñas me parece bueno pero no puedo creer que andemos de vida en vida. Creo, según la fe de mis padres, que hay una sola vida en este mundo y que es una prueba que debemos superar para tener vida eterna. ¿Qué sentido tiene volver una y otra vez si el fin es el mismo?

—¡Haces bien en no creer! —contestó el guía, el retornado—. ¡No creas en mí! No tengo razones irrefutables para convencerte, no soy un profeta ni un enviado divino, ni encarnación de divinidad alguna.

—¿Entonces sólo enseñas una doctrina filosófica?

—Ni siquiera eso. Sólo indico lo que indica mi experiencia, lo que he vivido.

—Quisiera creer en tus indicaciones, pero no encuentro motivos; no me das ninguno.

—Hubo un maestro que incansablemente repitió “¡Crean en mí! ¡Tengan fe!” y fue muerto por los

Guía para el camino

escépticos. Ahora es mejor decir: “¡No creas! ¡Vívelo!”. Para creer no suelen necesitarse motivos. Cuando uno cree, las pruebas están a la vista y los argumentos se hallan por doquier. Cuando uno no cree, debe vivir y aprender.

—No sé si quiero aprender cosas nuevas.

—Lo que quieres, en realidad, es que yo te haga abandonar la fe de tus padres. Pero yo no quiero que creas en mí. Las indicaciones que doy valen igual para tu fe, para cualquier otra, que para ninguna. Siguiéndolas, tu camino será mejor; ya sea breve y singular o múltiple y en etapas. Dime: ¿Crees en el purgatorio?

—Sí. Es el lugar o estado en el que las almas de los que no son absolutamente malvados limpian sus pecados.

—¿Y cuánto tiempo permanecen en ese estado las almas de los pecadores?

—No sé. Depende de la magnitud de los pecados que cargan.

—¿Más de lo que dura una vida en el mundo?

—Creo que sí, puesto que los pecados son más difíciles de lavar que de cometer.

Guía para el camino

—¿Y por qué crees que esas vidas donde se “lavan” o “purgan” los pecados han de transcurrir en un mundo diferente a éste? ¿Acaso no serían vidas temporales con un camino que deben recorrer?

—Se postula que es un camino sólo para el alma, no para el cuerpo.

—¿Y cómo sabes que aquí tienes un cuerpo?

—Por mis sentidos y porque lo sufro.

—¿Entonces es esas vidas de purgación carecerías de sentidos y de sufrimiento?

—No, puesto que en tal caso no podría limpiarme de mis pecados.

—En tal caso, coincides con mis enseñanzas.

—Ya dije que tus enseñanzas me parecen buenas.

—Eso corre por tu cuenta —dijo el maestro—; no pretendo ser un buen docente. Pero, ¿por qué no haces una apuesta? Una apuesta parecida a la que propuso un sabio de tu credo.

—¿Una apuesta? —El dubitativo se veía más incrédulo.

Guía para el camino

—Sí; una apuesta sin malicia. Sé un niño y apuesta.

“Si lo que enseño es útil para tu vida única en este mundo derive en ulterior vida eterna, sígueme; nada perderás. Si lo que enseño sirve para varias vidas sucesivas en este mundo además de la vida eterna, sígueme; nada puedes perder.

“Por otro lado, puedes no seguir las enseñanzas u olvidarte de seguirlas en algún momento de esta vida. Si esto sucede y mueres, según tu fe, perderás la vida eterna, morirás para siempre; o bien pasarás varias vidas purgándote en el mejor de los casos. En cambio, según lo que enseño, no puedes perder: Siempre tendrás cuando menos una vida más para rectificarte.

“Siguiendo mis indicaciones sales ganado, de una manera u otra. Si haces mal deberás expiarlo y redimirlo, pero no perderás nunca tu alma. Tendrás vida y más vida, toda la que quieras, en este mundo y más allá. Vida sin fin, humana y eterna.

“¿Apuestas a vivir un siglo y luego morir para siempre si fallas la prueba del siglo? ¿O apuestas a vivir una y otra vez y para siempre?

—¡Dios! —exclamó el hombre de fe vacilante—. ¡Eres Tú, has vuelto! ¿O estoy loco?

Guía para el camino

El guía sonrió con bondad. —He vuelto, pero no soy más divino que tú. Y todos estamos locos desde que estamos separados. Es bueno que nos concedamos el beneficio de la duda. Bienaventurados sean los que dudan, porque pueden superarse.

“Jamás pediría a nadie que abandone sus dioses o a su Dios, cualesquiera sean los nombres o atributos de la fe que tengan. Sólo les digo que hay muchos caminos como muchos somos y que la salvación está en trascenderlos o en recorrerlos hasta el fin siguiendo las indicaciones, que por sí mismos sabrán certeras tarde o temprano. En cualquier caso un guía ayuda a que madruguen y a que se despierten antes para que su camino sea más rápido y menos pesado.

“Nadie esta obligado a seguir indicaciones de otro, porque no hay otro. Es uno mismo el que busca y encuentra, el que sabe, el que aprende por sí.

“La fe heredada es un camino, un tipo de camino. Por eso dijo un maestro: El que cree en los dioses, va a los dioses. El que cree en Dios, va con Dios. Y el que cree en Ello, lo que está más allá de la unidad y la multiplicidad, de cualquier tipo de opuestos duales, Ello es.

“Siempre uno va según lo que cree y piensa.

(VIII) LA FELICIDAD Y LA SOLIDARIDAD

Cuando uno trata a otro como cosa, lo hace infeliz y se trae mal. Cuando uno trata a otro como a otro, se hace infeliz.

Por eso dijo el sabio: Ama a tu prójimo como a ti mismo.

Pero no puede amar el que se detesta a sí mismo.

No hay razón para ser infeliz si uno tiene alimento, abrigo, techo y lecho; lo demás viene por añadidura. Si uno tiene todo eso y no es feliz, es porque se detesta a sí mismo y ve a otros como mejores, como competidores o enemigos afortunados. Ve otros.

En Ello, uno y muchos a la vez, no hay otro. No hay infelicidad, ni competencia, ni pugna.

Pero estamos separados. Individualizados.

Guía para el camino

Entonces el remedio es la solidaridad.

Si sufren carencias no busquen la muerte, la soledad dolida o la violencia resentida. No sirve comportarse como bestia herida.

No sirve porque cuando retomen el camino volverán al punto donde lo dejaron y peor.

Únanse a sus hermanos carecientes. No con ánimo de distinguirse o liderar, sino de ayudar. En solidaridad serán colmados.

El que da, recibe. Es cierto.

Y no hay uno tan desvalido que algo no pueda dar.

Y todo el que puede dar, puede recibir.

Es inútil aferrarse a las cosas. Ni una podemos llevarnos de esta vida, ya es sabido. Pero muchos actúan como si no lo supieran. Les falta saber.

Sepan que el que nada quiere, todo lo tiene.

Guía para el camino

Sepan que el que se aferra a todo, nada tiene.

Los que se aferran a las cosas cuando vuelven al camino son pobres como ratas. Entonces aprenden a dar, o siguen pobres de mezquindad hasta que aprenden a dar.

Algunos consumen vidas y vidas para aprender algo tan simple.

¡Qué necios!

Den sin esperar devolución y recibirán más de lo que dieron.

Recuerden que se puede sostener, aferrar, una cosa. Pero que no se puede “tener”. Uno pasa, las cosas se deterioran o quedan.

Hay muchas clases de felicidad, y la mayor es la que nace con el servicio dado a otros como si fueran uno mismo.

Por eso para dar hay que apreciarse, no detestarse.

No hay temor más sufrido que el temor de perder la riqueza, nada más cobarde que el capital.

Guía para el camino

¿De qué sirve entonces?

—Para tener seguridad en la vida —aventuró responder un oyente adinerado.

—Para dejar algo en el mundo, a la familia —dijo otro menos adinerado.

—Para hacer lo que uno quiera —dijo un pobre.

El maestro los miró calculadoramente y les respondió.

La mayor seguridad de la riqueza es perderla, pues en cualquier momento uno debe dejarla junto con esta vida, o puede sufrir un vuelco de fortuna. A la familia uno no le deja un capital, sino la obligación de seguir acrecentándolo o de gastarlo. El ansia del dinero es sumar o restar; tanto es eso que se convierte en un montón de cuentas. ¡Qué carga! ¡Cuánta pobreza habrán sufrido en el camino pasado para tener tal ansia! Por otra parte el que es pobre está dominado por esa misma ansia que no lo abandona porque se siente pobre; cree que será feliz si adquiere fortuna y si la adquiere se hace esclavo de ella.

No se puede “tener” cosas. Disponer de dinero sólo sirve para obligar a otros a que den cosas o que hagan o dejen de hacer algo. O sea: para tratar a otros como “otros”, para condicionar la conducta de los demás.

Guía para el camino

Si actuamos en solidaridad, amando a los demás como a uno mismo, tal deseo es innecesario.

El ansia de fortuna es la carga más difícil de soltar. La muerte la suelta, pero vuelve. Es más empecinada que el ansia de dañar. Es la fábula del que tenía sed y no podía beber, o la fábula del que se moría de hambre porque todo lo que tocaba se convertía en oro.

¡Verdaderamente los pobres en espíritu debemos compadecernos de los ricos en fortuna!

—Eso suena muy bien —señaló el pobre— pero entretanto la gente no sea toda solidaria, ¿qué haremos?

—Dar —contestó el maestro. Y prosiguió.

Es aceptable, como lastre, guardar bienes suficientes para asegurar la subsistencia de sí y de la familia. Pero el resto conviene ofrecerlo en servicio a los carecientes, ya sea dando trabajo o cosas. Si no luego, o más luego, uno lo perderá todo. Lo perderá al morir o se lo sacarán otros. ¿Para qué esperar?

Den todo lo que puedan dar a lo largo del camino, den en solidaridad. El camino será entonces tan suave como un césped mullido.

Guía para el camino

“Den lo que puedan” quiere decir eso. Si uno no tiene cosas o empleos que dar, siempre puede dar ayuda en obras, una palabra de consuelo o aliento, una sonrisa, un saludo.

No hay uno tan desvalido que algo no pueda dar.

Y todo el que puede dar, puede recibir.

En verdad les digo por que lo he vivido: En solidaridad, amando al otro como uno mismo, serán más felices que el más afortunado, así sólo tengan para compartir un mendrugo de pan seco.

Por otra parte, ¿acaso existen las cosas? Un objeto es una separación artificial, intelectual, del devenir.

Por eso digo que no pueden tenerse o poseerse las cosas. Sólo se puede ejecutar acciones con ellas: moverlas, sostenerlas, guardarlas, ocultarlas y así. Pero no “tenerlas”, salvo en el sentido figurado de sostenerlas, aferrarlas, guardarlas, llevarlas con uno. Pero es imposible “tener” relaciones con las cosas en el sentido de algún tipo de ligazón espiritual o existencial que suele darse a la palabra “posesión” o “propiedad”.

Guía para el camino

Sólo es posible relacionarse, interactuar, con los seres vivos. Y hay coexistencia. Y la coexistencia es consecuencia de la manifestación en multiplicidad del conocer. Sólo puede haber relación cuando hay separación, no cuando hay unidad.

Así es que lo único que supera a la solidaridad es la unión con Ello.

Estando en Ello, incluso la solidaridad es innecesaria.

Más allá de lo uno y lo múltiple no hay pobreza ni riqueza.

Hay bienaventuranza y felicidad.

(IX) LA MUERTE O EL INTERMEDIO

—Maestro —preguntó un discípulo—: si vamos de vida en vida como quien sale de un camino y lo retoma, ¿qué hay en la muerte? ¿Es sólo un descanso, un sueño o un intermedio sin consciencia?

—No es un lugar, como un refugio o un hotel. Se parece a un sueño con o sin sueños, pero no es un sueño. Es un estado del conocer en el que uno se va despojando, desprendiendo, de lo que hizo en el camino. Vívidamente, no en sueños. La muerte o el intermedio es un proceso de conocimiento.

En ese proceso se transfigura el recorrido que uno ha hecho. Si la marcha fue penosa por el exceso de ansias es un proceso tormentoso. Si uno ha andado en armonía, es un proceso calmo. En todos los casos uno adquiere consciencia plena de los pasos que ha dado y de sus consecuencias.

No se puede describir un lugar que no es un lugar. Cada uno experimenta el intermedio conforme con su carga y no hay dos cargas impulsivas iguales. Lo único importante es el balance, las conclusiones, que uno obtiene antes de volver al camino de la vida. Lo demás se olvida al renacer, sólo queda la información que uno porta y que lo define. Esta información no son datos, recuerdos, sino tendencias de vida, propósitos, impulsos.

Guía para el camino

Lo demás queda en ese descanso del camino, para que uno pueda seguir andando.

¿Quién podría soportar siglos de memoria?

¿Quién podría seguir viviendo con tanta vejez auestas?

Únicamente un voluntario que se sacrifica y vuelve para servir de guía.

Pero los recuerdos, la memoria completa, no se pierde. Está en Ello. Puede ser recuperada, si es necesario, mediante la regresión guiada. Y esto es necesario cuando uno ha decidido descargarse y redimirse. De lo contrario uno debe seguir expiando vida tras vida la carga de impulsos que ha ido adquiriendo y que sigue adquiriendo, o sea continuar por el camino más largo y sufrido.

—Maestro —insistió el discípulo preocupado por la muerte—: ¿Cómo es ese proceso del intermedio? ¿Es todo continuo o tiene etapas?

—Tiene fases, pero no son rígidas como las etapas de un camino ya que dependen de los impulsos y actitudes que uno ha cargado en el camino. La primera fase se parece a un sueño sin sueños, es el descanso de la fatiga del camino. La segunda es un movimiento de formas, de imágenes vivas pero mutables, que transfiguran esos impulsos y actitudes que uno ha adquirido. La tercera fase es un movimiento sin formas, de pura intelección, como el hacer un inventario y

Guía para el camino

balance y sacar conclusiones: en esta fase uno decide cómo será su tramo siguiente del recorrido en el camino del mundo manifestado. El proceso en su conjunto es algo así como un desvestirse: primero se deja la investidura sensorial del cuerpo físico, luego la investidura emocional de los impulsos, por fin la investidura de las ideas que uno ha adquirido en el camino. La conclusión es el itinerario que uno decide seguir al volver, al retomar el camino.

—¿Cuánto tiempo insume ese proceso? —quiso saber otro discípulo.

—Donde no hay lugar, no hay tiempo. En el mundo puede transcurrir un milenio y a uno fuera de él parecerle un siglo. O al revés.

—Pero, ¿cómo es la transición? Yo siempre creí que el acto de morir es como una luz que se apaga, lenta o bruscamente.

—Si necesitas creer es porque no recuerdas. Y no recuerdas porque es pesado recordar. Te contestaré: el acto de salir del camino es similar a lo que experimentamos cuando logramos acceder al refugio de la iluminación. El paso al costado, la salida, es como un fulgor de luz que no hiere ni se apaga. Es el reencuentro feliz de los que te amaron y te precedieron en el trance, es el con suelo del Espíritu, el reencuentro de Ello que es uno mismo pero que se olvida al andar. Sólo después de este tránsito pasas a las fases del intermedio, empezando por el sueño sin sueños que es el descanso de la fatiga de los sentidos. Lo que debes saber es que el trance de morir, el pasaje

Guía para el camino

en sí, no es doloroso ni tampoco insensible; por el contrario, es feliz y gozoso. Por eso se lo compara al refugio iluminado y confortable que halla un viajero que ha caminado mucho tiempo en la oscuridad.

—Si hay un paso de entrada, debe de haber un paso de salida. ¿Es igual? ¿Uno elige dónde renacer?

—Tu segunda pregunta ya la contesté y la primera ya la contestarás tú mismo. No es bueno abundar en explicaciones figuradas, especialmente sobre algo que es experiencia y no conceptos. Pero aclararé lo que pides.

“El paso de vuelta es igual al paso de ida, pero a la inversa. La luz que era todo esplendor se concentra en un punto ínfimo y aparece en el mundo como un ser vivo que se está concibiendo. Uno, en el trance de vuelta, ya ha perdido sus sentidos, sus emociones y sus ideas incluyendo los recuerdos. Es un plan, o un itinerario, que debe ejecutarse. Para Ello va desarrollando nuevos sentidos, sentimientos e ideas. Es la gestación, la nueva investidura. Y cuando puede andar por sus propios medios retoma el camino.

“Uno siempre elige cómo será la siguiente etapa del camino. Uno elige cómo sufrir la carga pesada que lleva y que no ha sabido o querido descargar. Uno elige cómo gozar la carga benigna que ha adquirido en tramos anteriores y que no ha querido dejar pese a saber que el placer también lleva

Guía para el camino

al sufrimiento. Uno sigue el camino cuyo rumbo y características decidió seguir, de acuerdo con la carga que porta y su manera de andar. Por lo común se decide renacer en la misma línea familiar o en otra de formación e historia muy parecida. Por eso es un viejo atavismo preservar la progenie y la historia de la familia.

“Sin embargo, eso no es forzoso. En todas las comunidades y tierras pueden hallarse individuos que son extraños al entorno. Por alguna causa uno debió elegir experimentar esa extrañeza. Y suele ser una vía de expiación y de hallar más rápido la redención y la liberación.

“Por eso los antiguos consideraban al loco, al raro, al extraño en su propio entorno, un ser iluminado por Dios o los dioses.

“El sabio, el guía, es por su naturaleza y propósito, siempre un extraño. Sólo que en las épocas escépticas o científicas no se lo reconoce, simplemente se lo repudia por ‘anormal’.

“Pero todos somos locos o anormales desde que estamos individualizados, separados en caminos diversos. Extraño en sí, extraño a este mundo, es Aquel en que el verbo se manifiesta con mayor claridad. Porque el ‘verbo’, el conocer, no es de este mundo ni de otro. Es de todos los mundos y de ninguno a la vez.

(X) LA PREPARACIÓN PARA EL TRANCE

—¿Hay alguna preparación para la muerte? —preguntó un discípulo y aclaró—: Últimamente hubo varios moribundos entre mis familiares y amistades. No supe qué decirles,

—La preparación para la muerte es la vida. La preparación para la vida es la muerte. Es el ciclo natural e inevitable de la creación. Por Ello es necesario liberarse de este vaivén, contradicción o dualidad básica que hace a lo manifestado, al devenir.

Lo único seguro, desde que se nace, es la muerte. La muerte para los vivos es el absoluto que los define, como la luz a todo movimiento.

Mientras haya vida siempre hay algo que se puede hacer.

Si uno se ha preparado durante la vida que se extingue, sabe que el trance es gozoso.

Si uno se ha preparado y ni siquiera es devoto de una tradición religiosa, el irse es sufrido. No la ida en sí, el advenimiento del momento que puede durar toda la vida.

El peor caso es el del que vive en los sentidos y cree que son lo único existente. Uno así sufre toda

Guía para el camino

la vida temiendo el momento en que deba salir del camino de la vida. Su vida es miserable aunque sea afortunada, es servil y cobarde, se identifica con los que pueden dañarlo y teme, teme, teme. Además es tonto. Si uno cree en la realidad de sus sentidos, ¿por qué no ha de creer en su espíritu? ¿Acaso podría conocer sus sensaciones sin conciencia? El espíritu, el conocer en sí, nos informa que es permanente mientras que las informaciones de los sentidos cambian permanentemente. Ambos son lo mismo, como los dos lados de una ventana. Pero uno tiende a creer en un lado, donde se sitúa, y no en el otro.

Ya dijo un sabio: El cuerpo es la parte del alma que pasa por los sentidos.

Ya dijo un maestro: Uno es el resultado de lo que piensa.

El cuerpo, esto que llamamos “cuerpo” es una consecuencia o actividad del alma, de esto que llamamos “alma”. Ambos son lo mismo. Lo demás es apariencia.

Pero en cuanto al trance, también es grave el caso opuesto. El que vive sólo en el conocer, en el espíritu. Éste, ante el trance de la muerte, no se asusta, pero se lamenta amargamente de no haber vivido, de no haber usado más sus sentidos, su cuerpo. El que está muerto en vida no avanza en el camino, ya que vive en la muerte.

¡Qué contradicción!

Guía para el camino

Algunos pierden muchas vidas oscilando entre ambos extremos.

El error, lo he dicho desde el comienzo, está en cosificar el verbo. Un hacer no es un ser, una actividad no es una cosa. No podemos aferrar un movimiento. Podemos movernos en armonía con el flujo del devenir, o podemos toparnos de frente contra el movimiento.

El camino se hizo para andar, andando se hace el camino. El que no se mueve tropieza, queda quieto, muere aunque siga vivo.

De la misma manera no podemos sujetar la vida. Contra la estupidez ni los mismos dioses pueden. No hay manera de ayudar a un estúpido, a uno que no quiere salir de su obcecada ignorancia.

Es lamentable. Pero el atolondrado piensa que morir es caer en la negrura. Y así cuando muere en la negrura cae. He visto muertos encerrados en un pozo negro durante casi toda la muerte: no había medios para sacarlos de ahí, tan convencidos estaban de que ése debía ser su estado. También he visto muertos que lucían más vivos y activos en la muerte que cuando vivían en el mundo; no había manera de sofrenarlos, de inducirlos a un desvestimiento sensato. Estos últimos eran los que sólo se habían movido en su mente y creían que el camino debía hacerse después; así, se afanaban en no acabar nunca de morir y por consecuencia no volvían a la vida que tanto anhelaban.

Guía para el camino

Dejando de lado a los sabios, que no necesitan ayuda, y también a los atolondrados, que no la quieren, la mayoría de los seres vivos necesitan ayuda para el trance.

Están aquellos que creen a medias en alguna religión y reencuentran su fe ante el trance. Para estos casos no es necesario un guía, basta un sacerdote de esa religión o cualquier creyente capaz de dar consuelo y recordar el dogma del moribundo. Por eso hay religiosos que dicen que basta un momento de arrepentimiento antes de morir.

El que ha cumplido una larga jornada y sabe, no necesita preparación ni ayuda. Él mismo se apresta para acampar, pues ve llegada la hora de sacarse sus ropajes y descansar.

El que es interrumpido en su camino bruscamente tampoco necesita ayuda, ya que su salida es súbita. Pero si no sabe vagará incierto hasta que sepa acampar. Para que este muerto aprenda es útil la comunicación de un guía, uno que sepa ayudarlo en espíritu.

Los que más necesitan un guía antes de morir son el poco creyente, el poco preparado, el dudoso. Cuando uno está en alguna de esas condiciones es duro el trance solitario; clama por un guía y es posible que no haya uno cerca.

Por eso es conveniente estar preparado.

Guía para el camino

El que sigue mis indicaciones para el camino está preparado para salir del camino sin sufrimiento.

El que atendió estas señales sabe. Ve la muerte aunque venga súbita y puede dar el paso al costado sin clamar por ayuda. Hasta tiene la virtud de saber morir para ayudar a otros.

Toda concentración en el conocer es útil para el trance. Rezar, meditar, abstraerse. Lo mejor es estar en iluminación, en Ello; así el trance es pura dicha.

Nunca estamos solos aquí, nunca estamos solos allá. A una etapa del camino sigue otra, y es necesario despojarse de lo vivido para descansar y renovarse. Así como se obtiene la felicidad en el mundo, se obtiene fuera de él. Si aceptan purgar la carga se aliviarán. Despojarse es descanso y fortalecimiento. Luego cada uno es libre de volver al camino y hacerlo mejor.

Hay vida y más vida, sin fin. Y la vida más plena viene cuando uno sabe que es Ello, por encima de toda contradicción, más allá de cualquier dualidad. En absoluta felicidad.

(XI) EL SEGUIMIENTO

Quien busca la muerte quiere la vida.

Quien busca la vida quiere la muerte.

El placer más intenso es el de la batalla.

El placer más atenuado es el de la paz.

Son apariencias resultantes del devenir en multiplicidad.

Uno es arrastrado por la contradicción y no ve su vista.

¿Por qué existe la contradicción?

Porque existe el movimiento de lo manifestado. La batalla se asimila al movimiento, la quietud a la muerte.

Guía para el camino

Pero hay que seguir más allá.

Más allá objeto y sujeto, movimiento y quietud, son lo mismo.

Como dos lados de una ventana.

Sabemos el sentido de la caída de cada hoja, de la explosión de cada sol, de cada acto. Hallamos la armonía, el equilibrio que se concreta en el devenir.

El buen camino se inicia cuando uno logra captar ese sentido de lo manifiesto.

Entonces ya no es uno entre muchos. Comienza el seguimiento.

Yo, tú, todos ustedes son lo mismo.

No “parte” de Lo mismo. *Ello mismo* .

No un señor barbado y togado que ordena cosas aquí y allá.

Ello más allá de los géneros y en todos los seres generados.

Guía para el camino

No el Espíritu: Espíritu y materia a la vez y más que ambos.

Si pueden seguir este sentir son sabios, maestros, santos, encarnaciones divinas y más también.

Hay que ser obstinado en el seguimiento del buen camino para ver la propia vista.

Así se acaba la contradicción.

(XII) POR QUÉ, POR QUÉ

—¿Por qué, maestro, estamos manifestados en multiplicidad si todo es lo mismo?

El guía miró al discípulo compasivamente y repreguntó:

—¿Por qué buscas la variedad en tu vida?

—Para obtener experiencia y entretenerme.

—Tu pregunta ya está contestada.

“Ello puede permanecer inmanifestado, sin realizarse en la multiplicidad, pero así no se ‘entretiene’, no experimenta, no se conforma en información. ¿Acaso es repugnante amar la vida? Ello ama la vida. Se manifiesta por ese amor. Pero no se pierde en la apariencia. Es como un juego sin maldad, por eso el sabio dijo que el Reino es de un niño que juega.

—Pero, maestro, si el universo acaba cuando Dios, o Ello, agota su juego, entonces la vida acaba.

Guía para el camino

Eso no parece bueno.

—¡La vida no tiene fin! Se acaba un ciclo, se descansa, se inicia otro. La experiencia no es inútil. ¿Acaso no has aprendido de tu experiencia en la vida?

—Sí, pero si fuera Dios supongo que ya lo sabría todo.

—¡“Sí”..., “si”...! ¡No hablo en hipótesis! Tú eres Dios y no supones nada. Experimentas y aprendes, así cada realización es mejor que la precedente. El saber puro no es experiencia.

—Ello es, entonces, incompleto.

—En el tiempo se completa, en la eternidad ya lo está. En la eternidad todo lo que ha de ser ya fue, y todo lo que fue ha de ser. La eternidad no es la suma de todos los tiempos, es la superación de la temporalidad.

—No entiendo.

—No es cuestión de entender, es cuestión de experimentar. Las palabras, los conceptos, son delimitaciones en el flujo del devenir temporal. No sirven más allá, salvo como figuraciones. Cuando te ilumines, sabrás.

Guía para el camino

—¿En tanto como Ello sólo voy siendo?

—Estás cerca, estás cerca.

Tal vez nos ayude otra figuración, una parábola distinta a la del camino.

Imaginemos un ajedrecista que juega partidas simultáneas.

Un ajedrecista máximo.

No se limita a jugar en veinte o treinta tableros. Juega incontables partidas simultáneas, nunca idénticas.

¿Contra quién juega?

Contra desarrollos de sí mismo, como el ingeniero que juega contra la computadora que él mismo creó.

El Ajedrecista está fuera del tiempo; cada partida es un desarrollo temporal.

Guía para el camino

Cada partida implica una cuidadosa estrategia. Cada movimiento tiene su réplica. Si se alteran las reglas del juego hay un desequilibrio. La partida alterada debe reiniciarse. Ello insume más movimientos, más esfuerzo, más tiempo.

Fuera del tiempo, en la mente del Ajedrecista, todas las partidas han sido jugadas. Pero en la ejecución está la diversión. En cada movimiento o contramovimiento hay libertad, hay elección, hay creatividad. Pero fuera del tiempo todos los movimientos posibles, incluso los falseados o tramposos, existen.

En el tiempo el reflejo del Ello en su diversa manifestación posibilita el encuentro de la manifestación con Ello.

Pero en la eternidad coexisten.

Por eso dicen los sabios que hay que buscar a Ello en uno mismo, hallando así la salvación. Así el Ajedrecista y sus contendores encuentran que son Lo mismo.

El juego era de imágenes, de símbolos; un desarrollo de información y relaciones.

¿Por qué el juego?

Guía para el camino

Por jugar.

Para divertirse.

Para entretenerse: entre tenerse.

Para realizar en movimiento datos intemporales.

Todas las respuestas son válidas.

Nosotros, en la individualidad, también jugamos con imágenes.

(XIII) LA DESGRACIA

Hay desgracia causada por los actos propios y desgracia causada por los actos ajenos. Ambas son consecuencia de la carga que uno arrastra en la vida y de vida en vida.

Uno puede advertir cuándo por torpeza, impulso o voluntad, se causa daño. A veces es difícil admitirlo, pero se puede. Para evitar esta desgracia es menester cuidarse, basta eso.

Ocupémosnos de la desgracia causada por otros.

Si es un vuelto del vaivén, que integra la carga como consecuencia de actitudes adoptadas en vidas anteriores, la desgracia aparece como Destino. Si es obra de la maldad, del deseo de otro de causar daño, aparece como infortunio inexplicable.

El que es desgraciado por destino no siente infortunio, siente su desgracia tan natural como el fluir del agua por un terreno escabroso y árido: la acepta como quien paga una deuda en cuotas. En este caso es necesario pagar y no seguir en el círculo vicioso de agresión y venganza. Se paga sufriendo el destino en expiación, o bien retornando al punto donde se eligió el camino equivocado y rehaciéndolo mediante la redención que purga y quema la carga dañosa.

Guía para el camino

Más difícil de aceptar y sufrir es el infortunio inexplicable. También es más difícil de superar.

En principio es necesario saber que los pensamientos no sólo determinan al pensante sino también a otros.

Un pensamiento dañino dirigido a otro puede ser peor que un golpe de hacha. Ya sabemos que acarrea daño al maligno que lo dirige, aunque pueda postergar este vuelto. También sabemos que no es casual ser víctima de un mal pensamiento; si uno está expuesto, es porque continúa un combate comenzado mucho antes.

Por eso los maestros insisten en que es necesario cortar el círculo vicioso del daño, en este caso el conflicto que se traslada de vida en vida.

Los seres humanos tienden a creer que sólo puede causarse daño mediante actos o movimientos. Pero estos daños son el ingrediente menor del conflicto; por lo común su ida y vuelta se agota en un tramo del camino. La porción mayor del daño es causada por los pensamientos, por la agresión que no necesita actos manifiestos; por eso aparece como inexplicable por actos u omisiones.

Sepan que estamos hechos de la materia de nuestros sueños. La materia de nuestros sentidos y la materia de nuestros sentimientos y pensamientos, es lo mismo, integran lo manifestado.

Guía para el camino

Cuanto antes uno corte el daño ajeno menos sufrirá y más pronta será la expiación del dañino, quien ya no arrastrará esa carga en el futuro camino. Asimismo librándose uno del infortunio inexplicable no guarda ese impulso de rencor que luego o más luego lo hará seguir el juego de los daños.

¿Cómo es posible este corte y liberación?

Primero es necesario saber que “espíritu” y “materia” son distinciones conceptuales. En realidad integran el devenir en un campo más fuerte que los cuatro campos conocidos de la materia. Si no existiera este quinto campo, el devenir manifestado se desintegraría porque los demás campos no tendrían relación.

Este campo de espíritu–materia, o campo superior espiritual, actúa mediante la causalidad y el azar.

Mediante la causalidad directa cuando concretamos nuestros pensamientos en obras, esto es claro y conocido.

Mediante el azar cuando nuestro pensamiento incide sobre las concatenaciones causales aparentemente aleatorias, que pueden derivar en un efecto o en otro. Esto es lo oculto y desconocido.

Guía para el camino

Por eso existe el pecado de pensamiento. Por eso el sabio se empeña en no pensar o en pensar bien, irradia bondad y obtiene efectos y vueltos bondadosos aunque esté solo en mil kilómetros a la redonda.

Por eso el dañino irradia mal y obtiene mal, aunque esté acompañado y nadie crea en su poder. El campo espiritual del maligno es negativo porque acarrea destrucción, deterioro, enfermedad.

El campo del sabio es positivo porque acarrea prosperidad, crecimiento, salud.

En Ello, siéndolo, no es posible generar campo negativo alguno.

En uno, siendo egoísta, se genera campo negativo, sólo por excepción y evolución se genera campo positivo. Esto es así porque pocos pueden cultivar los deseos benefactores del santo; es necesario haber recorrido mucho trecho y saber en carne propia la consecuencia de los deseos egoístas. Desde luego, el que se ha liberado de todo tipo de impulsos y sólo sigue en el camino para ayudar, es uno nada más que en apariencia y no puede dañar porque sabe que no hay a quien dañar.

Pero cuando se es uno, se genera campo negativo. Uno envidia a otro porque se siente inferior. Uno odia a otro porque se siente perjudicado. La mente genera pensamientos acordes con estos sentimientos, hace imágenes; las imágenes se concretan en obras. Obras que se hacen con el

Guía para el camino

cuerpo o mediante el campo espiritual, variando el azar.

Este proceso es similar para lo bueno, aunque menos frecuente.

Quien no está entrenado pero tiene fe, lo hace rezando a un dios o demonio.

El entrenado concreta su pensamiento mediante la concatenación propiciada por un ritual. El rezo es un tipo de ritual.

Todo ritual es un mero instrumento, un método para generar campos de agresión, protección o auspicio.

Cuando uno es víctima de un campo agresivo o negativo, sufre infortunio inexplicable, “mala suerte”. Todo lo que puede salir mal, sale mal, créase o no. Los síntomas son inconfundibles.

“No puede ser —dice uno— que todo salga mal. Espero un pago merecido y no lo obtengo. Cuido mi salud y me enfermo. Construyo cuidadosamente y la obra se derrumba. Hago bien y obtengo mal.”

Pero la desgracia, aun la causada por la agresión espiritual, tiene un aspecto positivo.

Guía para el camino

Si uno no sucumbe se hace más fuerte.

Si uno es egoísta, aprende a ser desprendido.

El que sabe acrecienta su saber en el infortunio.

El que no sabe se siente inducido a buscar un guía, un maestro que lo ayude. Y el que busca, encuentra.

No hay uniforme de guía, no hay manera de distinguirlo por su ropa o corte de pelo. Se encuentra cuando se necesita, en el lugar menos pensado, incluso en un basural. El pordiosero que pide limosna puede ser un guía, si sabe ayudar porque ha retornado. Para ayudar se retorna. No se retorna para hacer más daño, sino para sufrirlo, superarlo y ayudar a los que sufren.

Sucumbir ante el infortunio es postergar la solución.

Si no sabes la solución, encuéntrala en ti, búscala o busca guía. Aunque la búsqueda te insuma hasta el último minuto de vida, de una vida. Porque el que busca encuentra. El que no busca vuelve al camino y lo retoma como lo dejó al abandonarlo. El que busca hace mejor camino. El que encuentra está en el mejor camino, el que lo libera del pesar, de cualquier tipo de desgracia.

Guía para el camino

El sabio se refugia en Ello, ayuda a cuantos puede, descarga a los demás sin asumir ni un gramo de carga, es feliz cortando el daño, es feliz liberando el sufrimiento propio y ajeno que para él son lo mismo.

(XIV) LA PROTECCIÓN Y LA SUERTE

El camino, la carga y el andar son figuraciones. En esto no hay más que indicaciones y las señales son instrumentos.

Cuando digo que al volver uno halla el camino tal como lo dejó, no me refiero a un objeto, a una cosa.

Lo que uno deja y halla es una configuración. Una situación más o menos compleja de relaciones recurrentes, que es necesario resolver.

Para resolver un problema es necesario buscar la solución. En esto es posible la ayuda. Hay ayuda en un guía, si uno está listo para encontrarlo. Hay ayuda en la oración, si uno es capaz de ser ferviente. Y, como he dicho, hay ayuda en la misma carga si uno está dispuesto a saber. También hay ayuda en los dioses y fetiches si uno utiliza bien esos instrumentos.

Pero la ayuda no es la solución, simplemente facilita el hallazgo.

Guía para el camino

Si los instrumentos son mal usados no dan propiciación.

Muchos creen en la fuerza de los objetos simbólicos: cruces, gemas, anillos, figuras y otras artesanías. Éstas no tienen más fuerza que la que uno les da, uno mismo u otro, son centros de concentración del campo espiritual.

Es posible, por sí o por un maestro, concentrar en los fetiches un campo positivo, un campo protector, despejador del camino, propiciador de la ventura.

No sustituyen el trabajo de descarga, elección de lastre, expiación y redención. Menos que menos conducen a la liberación del sufrimiento. Sólo ayudan a resolver el recorrido.

Esto lo saben todos los santos y sabios. Saben que los fetiches no liberan pero ayudan a enfrentar las situaciones irresueltas que hay en el camino.

Es lo que puede llamarse “propiciar la buena suerte”.

El que busca suerte para ganar fortuna, en realidad no busca fortuna, sino solucionar mediante la fortuna las situaciones que le plantea la vida y así superar fácilmente un tramo dificultoso del camino. Lo mismo vale para el que busca suerte para conseguir trabajo o amor.

Guía para el camino

El poder para superar la etapa dura no está en el fetiche, está en uno mismo. Es canalizado en el fetiche por medio de la consagración, que es una manera de concentrar esa fuerza.

No hay Dios ni dioses ajenos a uno mismo, sin embargo el que los objetiva propicia su poder. Es otro juego de imágenes del campo espiritual, tan efectivo como los demás. Uno cree en el poder del instrumento y entonces provoca cambios a través del objeto.

El problema causado por estos procedimientos es la suma de carga de fetichismo. Uno sigue separado y separado. Mejora su andar individual pero se torna más individual.

El que sabe puede objetivar pero no lo necesita. Puede concentrar su fuerza sin canalizarla en un objeto sagrado.

Puede usar gestos, movimientos de manos y cuerpo. Pero en tal caso los gestos pueden transformarse en objetos, y también acarrear fetichismo. Es el fetiche del manosanta, del curador, del milagrero, que transforma su propio cuerpo en ídolo.

Esto es algo que los sabios y santos también saben.

El ser humano busca en los objetos lo que sólo halla en sí mismo. Si no lo entienden, haciendo el camino lo entenderán.

Guía para el camino

La carga se compone de aquello que uno mismo va incorporando en el camino, deudas y créditos. Ella determina el infortunio o la fortuna que uno tiene en la vida. Incluso el infortunio de toparse con el dañino.

Y la tendencia de creerse milagroso también es una carga que genera efectos, vueltos.

El verdadero guía da indicaciones para el camino, pero no se cree santo ni mago, ni nada más que alguien que sabe dar lo que sabe.

Creen los que necesitan creen porque no saben.

Quien alcanza la consciencia de lo que es, desecha las creencias.

(XV) DIOSES Y ADIOSES

—Entonces, maestro, ¿no existen Dios ni dioses? —preguntó un oyente devoto.

—Si tu devoción existe, ¿cómo podrían no existir? Si tienes fe en un Dios todopoderoso, ¿por qué has de limitarlo a manifestarse en una figura? Y si no se manifiesta en ninguna, ¿lo crees acaso ajeno al mundo? Y si lo crees ajeno al mundo, ¿qué relación tiene contigo? Si es un extraño para ti, no es tu Dios.

Dios, o los dioses o figuras similares, son figuraciones de la fe. Ello, aquello que no puede nombrarse ni describirse sino por el absurdo, o se manifiesta en todo lo perceptible o pensable, o no estaríamos aquí hablando. El devenir y su multiplicidad contradictoria, la individuación del conocer, son insostenibles sin un tercero excluido que los integre.

Ya dijo el maestro: Nosotros somos el mundo y el mundo es lo que nosotros somos. Ello en todo está, en lo uno y en lo múltiple y más allá de cualquier dualidad. Es todos los objetos pero no es un objeto, ninguno de los objetos. No es ni deja de ser. Pues el “ser” es una generalización conceptual de todos los objetos que son, una cosificación del devenir. Como el conocer es una generalización conceptual de todo conocedor.

Guía para el camino

Dejen los conceptos y las cosas que señalan y serán conscientes, saldrán de sí, despertarán. Dejen de considerarse uno que conoce y serán uno y muchos a la vez.

No obstante, en el sentido instrumental, sería tonto negar existencia a las figuraciones de la fe. La fe canalizada en imágenes o símbolos de un Dios único, de dioses múltiples, de santos o de profetas, genera un campo de gran intensidad.

Por eso es posible el milagro: la sanación de la enfermedad, el corte del infortunio, hasta la descarga de los pecados.

Contradecir un campo de fe es como lanzarse contra un muro invisible y elástico, el campo generado por los fervorosos.

La fe que no predica el daño es positiva. La fe que predica destrucción obtiene destrucción, es negativa.

Uno puede allanar su camino mediante una fe positiva. Pero ha de volver si cree que el símbolo de fe, la figuración, es un objeto externo a sí mismo.

Es cierto que la fe mueve montañas, pero no montañas de rocas sino montañas de voluntades que son más fuertes que las rocas.

Guía para el camino

Y los que se mueven continúan andando. Se superan en el camino pero sólo llegan al final y se salvan de caminar cuando se hallan a sí mismos.

Hallar el final del camino es siempre una tarea individual, cualquiera sea la fe de cada uno.

Al final se llega con adioses.

(XVI) LA CONFORMACIÓN Y LA ILUMINACIÓN

Lo manifestado se manifiesta para conformarse.

Es información. En formas que devienen.

Lo inmanifestado no es ni deja de ser.

Por eso los antiguos decían que era vacío o nada lo que había detrás del ser.

Hubo atolondrados que creyeron que esa metáfora conducía a la extinción absoluta de la vida y que ésa era la meta del sabio.

Desde luego, el que busca el vacío lo encuentra. Pero el vacío no deja de ser un concepto: la ausencia de cosas. La nada también es un concepto: la ausencia de cosas y de conocedor. Son conceptos obtenidos por abstracción de la negación, productos del devenir.

¿Cómo puede decirse que “es” nada lo que está más allá del ser y del no ser? Más correcto es decir: de Ello nada puede decirse.

Guía para el camino

Las formas son información, sensible e intelectual.

No hay información sin informante.

Toda información vuelve a su fuente, como la flor hace semilla y la semilla raíz.

El retorno a la fuente es la salvación, no la extinción.

El retorno implica conocimiento pleno, no sólo de una versión sino también del origen de toda información.

El conocimiento pleno todo lo abarca: lo que es y lo que no es, lo informado y lo no formado.

Por ende es vida plena, más allá de las vicisitudes entre el ser y el no ser.

Quien vive plenamente nunca parece aunque muera millones de veces. Entretanto las versiones manifestadas son contradictorias, dualidades cambiantes. Pues la manifestación es movimiento y no hay movimiento sin cambios duales y contradictorios: acción y reacción, frío y calor, luz y oscuridad, atracción y repulsión, vigilia y sueño, vida y muerte.

El devenir no es lo constante, lo que no cambia.

Guía para el camino

Así suele decirse que el devenir es apariencia o ilusión. Pero es una apariencia viviente, no ficticia, que nos conforma e informa.

Esta información multiversa tiene una raíz.

El que la halla está plenamente vivo. No “vivo” como opuesto de “muerto”. La muerte es sólo un paso del devenir, como lo son todos los polos de los múltiples opuestos cuya variación hace el devenir.

La vida plena es la superación de todos los opuestos.

La iluminación.

—Pero, maestro, ¿qué es en sí la iluminación? La busco, sigo tus indicaciones y no la encuentro.

—Tal vez el objeto de tu búsqueda no te permita encontrar. Buscas un objeto y no es un objeto el fin de tu búsqueda.

Ello no puede describirse pues las palabras están hechas para señalar cosas, para separar en cosas el devenir.

Guía para el camino

Hablo en metáforas. Tal es la expresión “refugio iluminado”, o “raíz”, o “superación de los opuestos”. Sólo puedo dar pistas, no puedo hacer el camino por ustedes.

La palabra “iluminación” es usada por analogía.

Uno se fatiga buscando la solución a un problema y no la halla. Hasta que en cierto momento, de manera inesperada, la solución aparece en la mente como una luz que se enciende.

Aquí tienen un indicio. La iluminación no es actividad mental ni corporal, tampoco es un sentimiento. Aunque puede venir acompañada, o aparentemente provocada, por sentimientos, percepciones o ideas. Puede venir en el reposo o en el movimiento, en la contemplación o en la acción, incluso en el sueño.

No es la chispa que llamamos “intuición”. Es un poderoso faro que se enciende. Para ese faro no existe el tiempo ni el espacio. Pero si lo mide otro que observa suele durar segundos o minutos. Para el iluminado no hay objeto ni sujeto, está más allá y sólo siente compasión. Es frecuente que al volver en sí, llore. Pero no por un dolor o una pena personal, sino por compasión.

Por eso el sabio tiende a aislarse, no por penitencia o mortificación. Quien hace a la inversa no es un sabio, es un penitente que busca pagar culpas.

Guía para el camino

Cuando cesa la iluminación uno la asimila a un sentimiento, pero sólo puede caracterizarlo como compasión o similar.

Se suele definir como un estado de consciencia superior, pero tal definición sólo sirve para la fase inicial, para lo que es posible recordar. Luego se está fuera de sí, ya no se “es”. Por eso digo figuradamente que “se está en Ello”. Aunque las palabras “Ello”, “Aquello”, “Eso”, son tan buenas o tan malas como cualquier otra palabra carente de significado.

Cuando uno está en Ello ya no es uno. Se libera de todo residuo del camino, del andar y de la carga, pero sigue vivo, plenamente vivo.

Por lo tanto cuando vuelve en sí, si vuelve, sólo le queda un resabio: el sentimiento de haberse unido a una fuente de energía superior, trascendente, inefable, omnipotente, omnisciente y más todavía.

Pero todas estas notas descriptivas son imprecisas, limitadas, ulteriores.

Cuando uno entra en la iluminación no necesita compararla con una tabla de características.

Es al revés: cuando entra a la iluminación carece de dudas; las dudas aparecen cuando uno sale y trata de describir lo que ha vivido.

Guía para el camino

Por eso proliferan las doctrinas religiosas diversas como plantas en un jardín, pero es la misma tierra la que nutre todas las plantas del jardín.

(XVII) LA PERMANENCIA

Entrar en iluminación, hallar ese refugio, es relativamente sencillo. Basta seguir las indicaciones de un guía o del Maestro que está en cada uno.

Se puede hacer si uno está dispuesto. Está dispuesto el que siente hartazgo de tanto camino dejado y retomado.

Lo difícil es la permanencia en la iluminación.

El permanentemente iluminado deja el camino, no permanece en el mundo. Es raro hallar alguien así. Y cuando uno lo halla siente que no es de este mundo, que es extraño a este mundo, que parece un rey pero que su reino no es de este mundo.

Puede hacer milagros, pero ése no es su objetivo.

Puede formar guías, pero nunca ordenar una jerarquía.

Guía para el camino

No es uno más, aunque lo parezca. Dado que no es como uno carece de deseos personales y ofrece la máxima sabiduría y la máxima compasión.

Cualquiera capaz de iluminarse puede acceder a la iluminación permanente. Pero no es un salto rápido; es un camino muy empinado.

Cualquiera que haya tenido iluminaciones puede volver a ser uno más, recaer en el gozo y el sufrimiento de ser uno. Pero nunca será un malvado. Y el que podía seguir allá y asume alguna carga para retornar debe ser guía.

Un guía no es de aquí ni de allá. Es extraño y familiar.

Puede hacer magia pero ésa no es su función. Puede formar discípulos pero nunca fundar un dogma. Si tiene fortuna no es suya. Si es dichoso irradia bienaventuranza. Si sufre irradia consuelo. Cuando es agredido ofrece paz.

El guía tiende a permanecer iluminado, pero conserva deseos para poder ayudar a los demás compartiendo su vida.

El permanentemente iluminado carece de deseos, no comparte porque es el todo y las partes y más todavía. Es el Mismo en diversas manifestaciones acordes con las diversas épocas, culturas y

Guía para el camino

tierras. Se le suele dar el título de “Dios” y la gente lo confunde con sus personificaciones en una época, cultura o tierra.

El que quiera seguir el camino de la devoción no debe confundir al Maestro con sus personificaciones. Que ame y rece al Maestro, lo que tienen en común todas las personificaciones. Puede, si eso lo ayuda, hacerse una imagen mental, pero construir un ídolo más es cargoso. Y si su imagen es una figura ya consagrada por alguna religión que la considere un mero símbolo, un instrumento para encauzar la energía del rezo, y no haga idolatría.

El que personifica el rezo no supera la dualidad.

No obstante todo rezo sincero y correcto es correspondido.

(XVIII) EL SECRETO DEL REZO

Se reza al significante, no al significado, pero debe creerse que el Uno es lo Otro.

El Significado está en uno mismo.

El Significante es el instrumento o vehículo.

Por el instrumento uno se conecta con lo otro sin confundirse.

En el rezo hay, pues, dualidad.

La devoción mueve el campo, lo activa, modifica el devenir de manera aparentemente casual.

“¡Milagro, milagro!”, exclaman entonces los fervorosos.

Y dicen bien porque hicieron milagro. Han activado un significante que existe como instrumento, creyendo que el instrumento es lo instrumentado. Pero es una llave que abre el campo.

Guía para el camino

Bien colocada la llave, hecha girar correctamente, el campo se mueve. Cuando el campo se moviliza, el devenir se modifica.

Por eso las plegarias son correspondidas.

Ello es la energía del campo y los opuestos que lo constituyen.

No se agota, no muere ni te abandona.

Lo que se agota es el campo de fe cuando no hay fe.

No obstante ni el campo ni el instrumento mueren.

“¡Dios ha muerto!”, exclamó un filósofo, pero se refería a la falta de fe, al ritual vacío.

El vehículo puede estar detenido, pero no desaparece. Basta que alguien sepa y quiera hacerlo andar para que se active.

Los nombres del instrumento cambian. Cuando matan a “Dios”, adoran a la “Naturaleza”, a la “Razón”, a la “Materia”. Y es lo mismo. Un significante que sigue correspondiendo a la fe.

Guía para el camino

Ello permanece inmutable. No lo altera el cambio de nombres y cualidades del instrumento significante.

Por Ello son absurdas las guerras y luchas en nombre de creencias absolutas: Dios versus Razón, Razón versus Naturaleza, Naturaleza versus Materia, Materia versus Dios, y así.

Cambian los significantes, no el Significado.

Y el Significado es todas las partes, también tú.

Hay una manera correcta de usar la llave. Sólo una.

Se trata de constituir una dualidad que se supere a sí misma.

Debe estarse en trance, fuera de sí, como quien muere.

La mente en ninguna parte, dada para recibir. Concentrada en el propósito de obtener algo para el bien de otros.

Guía para el camino

El propósito debe formularse letánicamente y resonar como un poema bello y bien redactado.

Antes del trance uno debe purificarse en cuerpo y alma: librarse de suciedades, emociones, pensamientos. La purificación facilita el trance al no entrenado. También es conveniente vestirse con ropa limpia que sólo se use para rezar.

El sabio y el santo no necesitan estas precondiciones. Pueden rezar bien en medio de un basural y vestidos de arpilleras sucias.

—¡Y éste era todo el misterio! —exclamaron varios oyentes.

—¿Les parece poco? —replicó el maestro—. ¡Tantos sufren por no saberlo! Y parece simple, pero prueben hacerlo, practiquen, ejercítenlo.

Sin embargo hay otro secreto del rezo que es menos sabido y más difícil de entender.

El Significante atiende y concede todas las plegarias bien ejecutadas. Lo que pidas te será dado.

Guía para el camino

Pero no cuando lo pidas, ni como lo desees.

Aunque se supere la dualidad mediante el rezo, el devenir debe reajustarse para que resulte el propósito. Esto tiene un precio.

A veces se te concede lo que pediste cuando ya no lo desees, así aprendes la fugacidad del deseo. Otras sana a un moribundo para demostrarte que no era acorde su vivir, o que su vida era tu castigo.

Por eso se dice que los caminos de la divina providencia, la providencia de los ruegos, son inescrutables.

Les digo que esto es verdad, porque lo he vivido.

Incluso el rezo perfectamente ejecutado genera carga.

Uno puede pedir que cese una sequía y producir una inundación.

Por eso el santo se rehúsa al milagro y acepta la vida como viene. Sabe que si pide milagros y los logra, asume carga. El que asume la carga de las desgracias del mundo, hace un sacrificio terrible: debe seguir sufriendo en este mundo como clavado en la rueda del devenir. La cruz de la rueda es

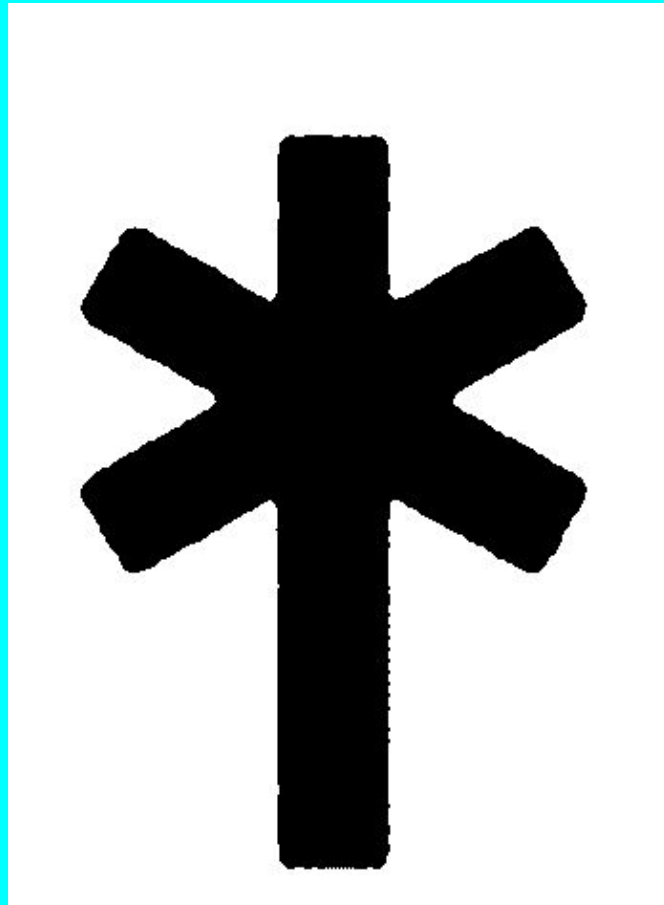
Guía para el camino

el símbolo del sufrimiento del devenir.

El sabio sólo reza cuando es imprescindible para restaurar el equilibrio del devenir y evitar un mal mayor. Y no pide milagro, sino que ruega una solución armónica con la tendencia del devenir.

Por Ello, si quieren un símbolo, usen el molinete: una "X" que gira libremente con su centro en eje entre lo alto y lo bajo, similar a un juguete ideado para los niños:

Guía para el camino



(XIX) LA MAGIA

Lo manifestado es percibido como imágenes. Uno las clasifica en cosas y movimientos. Son imágenes parciales.

La magia es el control de las imágenes.

Se puede ejercer mediante palabras, gestos, fetiches o imaginaciones dirigidas.

Lo dicho sobre el rezo es válido para lo demás.

Por eso el mago suele combinar estas técnicas.

Por eso el sabio busca cesar sus modificaciones mentales, no hacer, o hacer no haciendo. Sabe las consecuencias. Vive en Ello.

El mago o hechicero actúa por su yo, en interés de su “yo”, en interés su yo. Es egoísta y su actuar es peligroso, cargoso.

Guía para el camino

Por esos medios altera el campo espiritual y perturba el devenir. No para bien común, sino para bien particular. Así acentúa la individuación, la separación. Genera carga.

Y la peor carga, como en todos los casos, es la producida por el daño. Todo el daño que hagan, no importa el método utilizado para concretarlo, vuelve. El vuelto es más daño.

Dañar a otro mediante la magia es tan grave como apuñalar a traición en la oscuridad.

El rezo es la magia de las palabras, sus secretos pueden extenderse a los gestos rituales, a los fetiches, al control de las imaginaciones.

Generar y activar campos espirituales no es malo en sí.

Hecho de manera correcta, con pureza, desde Ello, para bien de otros, en armonía con el devenir, puede ser benéfico.

Hecho de manera incorrecta, implicando la muerte o daño, genera campo negativo y pesada carga.

La ceremonia que propicia el bien sin daño alguno, correcta, genera campo positivo y carga provechosa. Pero desde que genera carga demora el camino.

Guía para el camino

De igual manera simbólica que el rezo se ejecutan correctamente los rituales de gestos y manipulación de objetos. El Significante debe ser inequívoco, puro y armónico; el trance, perfecto. Es un sacrificio en el sentido de ofrenda, de darse.

También puede hacerse mediante la imaginación dirigida, controlada. En este caso la ofrenda es la cesación del flujo mental, seguida de la concentración en el pedido formulado como visión de la modificación deseada. Debe ser repetitiva como el resto del ritual.

En todos los casos la ejecución correcta genera y activa el campo espiritual. Y éste reorienta el flujo de información que es el devenir, lo que llamamos “realidad”.

La clave es estar en armonía con el devenir. Sólo así uno adquiere una carga leve y beneficiosa. Ello no se perturba, aunque el camino se alargue.

Pero también existe el combate espiritual, que es más terrible que la guerra entre ejércitos.

Esto sucede cuando un campo positivo interfiere con un campo negativo, o viceversa.

Si se internan por los caminos de la magia, tarde o temprano lo comprobarán.

Guía para el camino

Hay, desde luego, variadas artimañas en tales combates. Pero como toda lucha deja heridas, contusiones, daños e infortunios.

No intenten hacer magia positiva, protectora o propiciadora, si no son santos, sabios o maestros duchos. Nunca intenten la magia dañina, ni siquiera como defensa.

El malvado no puede quebrar espiritualmente al que está firmemente en Ello. No hay fuerza dañina que pueda quebrar al Espíritu. Lo que está por encima de la quiebra y de la entereza, ¿cómo podría quebrarse?

Esto no quiere decir que el malvado sea incapaz de producir infortunio.

Pero quien está firmemente en Ello carece de ambiciones y de deseos, como no sea aliviar y ayudar a los que sufren.

Por eso ejercer la magia positiva o luchar contra la negativa, exige el sacrificio del yo individual. Si uno no está dispuesto a ese sacrificio, es preferible que siga las indicaciones de un santo, de un sabio, de un guía.

No describiré rituales. Cada maestro crea o recrea los que ejecuta. El santo no los necesita, el sabio los rehúye. Y no hay ritual más poderoso que el ejecutor del ritual.

Guía para el camino

Quien expande su campo espiritual por la constante identificación con el Maestro interior, con el Significante —cualquiera sea su tradición, nombre o descripción— no necesita otra magia.

Sientan fluir la vida, compartan lo que tengan, acepten lo que reciban, ayuden a los demás como a sí mismos. Es el camino simple. Si lo siguen, sus vidas serán mágicas.

En cada uno está la maravilla.

En cada uno está el Significado.

(XX) EL CAMINO MÁS DIRECTO

Hay un camino fulgurante, directo y empinado.

Las emociones, las pasiones, surgen de uno. No están afuera, son de uno.

Los pensamientos son generados por uno ante los problemas del vivir en el tiempo. Son de uno.

Las cosas, los movimientos, son delimitaciones de lo percibido por uno. Delimitaciones hechas por uno, no existen más allá de uno.

Traten de ver las cosas, especialmente las fabricadas o elaboradas, como las vería un animal. Por un rato centren su atención en la mente de un animal que les resulte conocido. Desde allí advertirán que las cosas verdaderamente no existen.

Es relativamente fácil aflojar la tensión corporal, sosegar del todo las emociones, cesar los pensamientos. Con un poco de práctica cualquiera puede ensimismarse.

Guía para el camino

Esto es hacer un alto en el camino; algunos lo llaman meditar.

Pero, ahora hay que decirlo, es sólo una parada.

Lo difícil es disolver el yo y las cosas, el conocedor y sus categorizaciones.

Si quitamos el instrumento del “yo”, esa linterna o bastón que nos ayudan en el camino, ¿qué queda?

Prueben. En vez de concentrarse en el punto de vista de un animal familiar, dejen todo punto de vista. No vuelvan en sí. Pongan el conocer en ninguna parte.

¿Qué hay?

Un fluir, lento o rápido, ligero o solidificado: Vida.

Mantengan ese enfoque lo más que puedan, hasta que sea constante. Hagan lo que tengan que hacer impersonalmente, sin pensamientos, sin emociones, sin referirlo a un sí mismo.

En algún momento sentirán que todo es vacío y plenitud a la vez.

Guía para el camino

Como un rayo alcanzarán lo inalcanzable.

El punto de vista de Ello.

Advertirán las formas que fluyen como información ya sin imágenes. Sentirán el vaivén del placer y del dolor como un equilibrio. Todo es vida y todo está bien.

Esto es la experiencia directa; no puede describirse ni estudiarse, sólo puede ejercitarse.

Ejerciten. Ejerciten. Ejerciten.

Este conocimiento despojado y puro les traerá un sentimiento de compasión, pasión compartida por lo existente.

Entonces advertirán la causa primordial del devenir manifestado.

Es ESO.

He dicho mucho pero hay más.

Guía para el camino

Porque más se dice, más se omite.

Cuando sientan ESO las palabras —cosas hechas de sonidos— serán innecesarias.

No obstante, ya no “yo” ni “nosotros”, al fin de los caminos convergidos, se sentirá la necesidad de devenir otra vez en una manifestación más plétórica y perfecta, en otro universo.

Y en otro. Y en otro.

La vida no tiene fin.

(XXI) EL CAMINO MÁS SIMPLE

El mejor camino no es el más simple, ni el más simple es el más directo.

Hay muchas vías para no empantanarse ni retroceder creyendo que se avanza.

Los malos senderos son los más fáciles; esto lo sabe cualquiera. Por eso muchos los siguen. No hay ley que lo impida, sólo consecuencias. Pesadas consecuencias. Así los maestros advierten sobre pecados y virtudes. Pero no hay reglas universales fuera de lo que uno aprende por sí mismo.

El gran problema en cualquier camino es lo que uno arrastra del pasado.

Atiendan:

Cuando uno trata de hacer un camino más o menos directo, empinado, la carga inadvertida se hace más pesada, el andar mucho más dificultoso.

Guía para el camino

Es el problema de la carga inadvertida, que uno lleva sin saberlo en la mochila. Se manifiesta cuando uno emprende el camino recto y empinado. Sobrevienen todo tipo de dificultades. Todo el pesar acumulado en migajas a lo largo de múltiples jornadas se hace presente en la última escalada. Entonces es fácil caer sin llegar a la cima e, incluso, luego de haberla rozado.

Entonces es fácil caer, o detenerse y retroceder.

Uno se traba, lo asaltan todos los demonios. Dudas y tentaciones, penas acumuladas por actos nimios, lejanos. Desgracias e infortunios imprevisibles.

En tal situación no intenten tomar el cielo por asalto. No es el camino de la salvación.

Tal vez requieran de varias jornadas más de camino simple para ir librándose de todo ese pesar latente que hace tan fastidiosa la escalada final.

De nada sirven los sufrimientos autoinfligidos del ascetismo.

Uno es asceta cuando ya se ha librado de todo pesar, no al revés.

Si uno se autocastiga para librarse del pesar adquiere carga nueva e innecesaria: la vanidad de la autoderrota. La vanidad del asceta forzado es la vanidad inversa del atleta. Varían las disciplinas,

Guía para el camino

los rigores; la actitud es la misma.

No olviden que cuando luchan contra sí mismos el oponente tiene la misma fuerza y habilidad que uno, y también su cuerpo.

Una cosa es disciplinarse, otra es destruirse. No todos los suicidas se matan de golpe.

¿Y a quién podrían querer matar los suicidas si no a sí mismos?

Hasta los que se matan por despecho o venganza están queriendo matar a la parte de sí que los hizo depender de otros.

Si el camino directo no es consecuencia del previo despojamiento, mejor no lo sigan. Sigán el camino simple.

Ya saben cuál es el camino simple: el de la vida en el mundo.

No cargarse de nuevos impulsos, hacer lo natural, vivir cada día, descargarse mediante la regresión despojada, redimirse mediante la reparación de los daños causados en el pasado, amarse a sí mismo en los demás y conducirse en consecuencia.

Guía para el camino

En Ello no hay reglas rígidas ni universales.

El Significado está en cada uno.

(XXII) LOS ACERTIJOS LOCOS

Todo lo que digo es mentira.

La verdad no puede decirse.

La verdad los hará libres, pero deben encontrarla por ustedes mismos.

Para que no se aferren a verdades prefabricadas, para que no crean absoluta la apariencia, los guías suelen proponer acertijos absurdos, locos, como “todo lo que digo es mentira”.

Son irrupciones de irracionalidad que rompen la alienación.

Las palabras juegan como fulgores. Sus juegos pueden ser vulgares o sublimes, pero el idioma conserva su coherencia rompiendo la lógica. Al romperse la lógica, si el enigma lo propone el que sabe a otro que está en condiciones de saber, surge un conocimiento superior.

Guía para el camino

Estos acertijos, fuera del momento y las condiciones adecuadas, valen sólo como ejemplos.

Nada existe, dijo alguien que existía.

Si todas las gallinas nacen de huevos que ponen las gallinas, ¿quién puso el primero?

Imaginen un movimiento sin tiempo ni espacio.

Eres un pájaro que sueña contigo.

Si la ofensa está en el ofendido, ¿dónde está el ofensor?

—Déme naranjas.

Guía para el camino

—No tengo manzanas.

El formulario debe ser sellado pero no hay ni habrá sellos.

Hermoso atardecer esta mañana.

Lo inalcanzable se alcanza sólo si es de veras inalcanzable.

El aplauso de una sola mano.

Llegué porque no partí.

Siéntese de pie.

Guía para el camino

El maestro y el discípulo caminaban:

—Debemos caminar más rápido para llegar —dijo el discípulo.

—¿Acaso ya no estamos en un lugar? —contestó el maestro.

¿Por qué llamamos a las cosas si no responden a nuestros llamados?

—Tenemos un pato encerrado vivo en una botella de vino, ¿cómo lo sacaremos sin romper la botella ni matar al pato? —preguntó el maestro.

Ninguno supo contestar.

—¡Tontos! —exclamó el maestro—. ¿Cómo puede encerrarse vivo a un pato en una botella de vino?

Guía para el camino

“No oigo nada”, dice el que oye demasiado.

—Personalmente —dijo el discípulo— no estoy de acuerdo.

—Entonces —repuso el maestro—, ¿impersonalmente sí? ¿O presumes de cuerdo?

El loco no advierte su propia locura, sin embargo dice que está loco.

Dios es uno, dos y tres a la vez, sin dejar de ser uno.

Ningún hombre puede cruzar dos veces el mismo río.

—¿Dónde está el inconsciente? —preguntó el discípulo.

Guía para el camino

—¿Acaso crees que eres consciente? —respondió el maestro.

Ninguno de estos acertijos absurdos es nuevo.

Todos son un intento de hallar el tercero excluido; eludiendo los significados de los significantes, buscan un Significado desprovisto de significantes.

Los maestros proponen a los que están listos para intentarlo. Son absurdos porque el lenguaje que está racionalmente reglado admite la ruptura de la lógica; puede ser ilógico como ilógico es lo que está más allá de las dualidades excluyentes.

Dado que es imposible evitar la significación figurada de las palabras, estas propuestas son un ejercicio de “tensión hacia”.

¿Hacia qué?

Ustedes ya saben.

PEDIDO A LOS LECTORES

El presente material es de dominio público y de libre distribución.

El grupo editorial realizó esta publicación sin fines de lucro con programas “freeware”.

Por lo tanto, la siguiente es sólo una invitación para los lectores que quieran participar en la difusión de la obra.

Si lo desea, puede contactarse con el autor y enviar sus opiniones o colaboraciones (filosóficas o materiales) a la siguiente dirección:

Daniel M. A. Croci
Uruguay 16, 4º, “43”
1015 – Capital Federal
Argentina

Todas las respuestas serán bienvenidas

Guía para el camino

Ediciones Turas Mór

es un emprendimiento que se propone crear libros electrónicos de distribución gratuita.

Los derechos de la obra pertenecen exclusivamente al autor.

Está prohibida su reproducción total o parcial
sin la cita explícita de su fuente.

Quienes quieran apoyar este proyecto editorial
pueden comunicarse a través de la dirección de correo electrónico abajo indicada
para incluir vínculos a sus sitios en futuras ediciones
o para figurar en esta página como
Benefactor Adherente.

Ediciones Turas Mór

es miembro fundador de
e-ditores.

Ediciones Turas Mór: turas@oviedo.iwarp.com

e-ditores: e_ditores@yahoo.com.ar